Terror y miseria del Tercer Reich

24 escenas

De : Bertolt Brecht

EL GRAN DESFILE ALEMÁN

Cuando en el quinto año supimos
que el que decía ser enviado de Dios
estaba listo para su guerra, forjados estaban
tanques, cañones y acorazados, y
en sus hangares había tal número de aviones
que, alzándose a un gesto suyo,
el cielo oscurecerían, decidimos
ver qué pueblo, compuesto de qué gentes
en qué estado y con qué principios
llamaría a sus banderas. E hicimos un gran desfile.
Ahí vienen ya en bandada:
masa desordenada
y pálida. Muy alta
la cruz en la bandera
roja de sangre fiera
que al pobre sobresalta.
Aquellos que no ceden
se arrastran como pueden.
La guerra va a empezar.
No hay gemidos ni quejas
ni murmullos de viejas.
Música militar.
Son niños y mujeres.
Cinco años, no te mueres,
pero otros cinco vendrán.
Traen a enfermos y ancianos,
eran todos hermanos...
Ejército alemán.

1

COMUNIDAD NACIONAL

Ahí están ya las SS
la cerveza que no cese.
Van cansados y repletos.

Quieren pueblo poderoso
muy temido y fervoroso.
Un pueblo de hombres muy quietos.

Noche del 30 de enero de 1933. Dos oficiales de las SS vienen por la calle dando traspiés.

EL PRIMERO. Ahora estamos arriba. ¡Qué impresionante, la marcha de las antorchas! Ayer todavía derrotados, hoy en la Cancillería del Reich. Ayer buitre vencido, hoy águila imperial.

Orinan.

EL SEGUNDO. Y ahora viene la Comunidad Nacional. Yo espero un levantamiento del pueblo alemán de enormes proporciones.
EL PRIMERO . Pero primero habrá que hacer salir al alemán de la chusma de los infraseres. ¿En dónde estamos? No hay banderas.
EL SEGUNDO. Nos hemos perdido.
EL PRIMERO. Un lugar asqueroso.
EL SEGUNDO. Un barrio de asesinos.
EL PRIMERO. ¿Crees que es peligroso?
EL SEGUNDO. Ningún camarada como es debido viviría en semejantes barracas.
EL PRIMERO. ¡No hay luz por ningún lado!
EL SEGUNDO. No estarán en casa.
EL PRIMERO. Estos tipos sí. ¿Crees que habrán ido a ver de cerca el advenimiento del Tercer Reich? Vamos nosotros cubriéndonos la retirada.

Otra vez se ponen en movimiento tambaleantes, el primero detrás del segundo.

EL PRIMERO. ¿NO es éste el barrio que bordea el canal?
EL SEGUNDO. No lo sé.
EL PRIMERO. Ahí en la esquina descubrimos una guarida de marxistas. Luego dijeron que era una asociación de jóvenes católicos. ¡Mentira! Ninguno llevaba babero.
EL SEGUNDO. ¿Crees que él conseguirá realizar la Comunidad Nacional?
EL PRIMERO. ¡LO conseguirá todo!

Se detiene y escucha. En alguna parte se ha abierto una ventana.

EL SEGUNDO. ¿Qué es eso?

Quita el seguro a su pistola. Un anciano se asoma a la ventana en camisón y se le oye llamar en voz baja: «Emma, ¿eres tú?».

EL SEGUNDO. ¡Son ellos!

Da vueltas como un loco y empieza a disparar en todas direcciones.

EL PRIMERO *ruge:* ¡Socorro!

Tras una ventana situada frente a la que está abierta, en la que todavía sigue el anciano, se oye el grito horrible de alguien alcanzado por los disparos.

2

LA DELACIÓN

Ahí vienen delatores que, sin tino
cavaron la fosa de su vecino
y saben que lo sabemos.
¿Tal vez la calle lo olvide?
No duermen: nadie lo impide.
Algún día los tendremos.

Breslau, 1933. Un piso de pequeños burgueses. Una mujer y un hombre, de pie junto a la puerta, escuchan. Están muy pálidos.

LA .MUJER. Ahora están abajo.
EL HOMBRE. Todavía no.
LA MUJER. Han roto la barandilla. Estaba ya sin conocimiento cuando lo sacaron del piso arrastrando.
EL HOMBRE. Yo sólo dije que no era aquí donde se escuchaba en la radio emisiones extranjeras.
LA MUJER. Sólo dijiste eso.
EL HOMBRE. No dije nada más.

LA MUJER. No me mires así. Si no dijiste nada más, es que no dijiste nada más.
EL HOMBRE. Eso digo yo.
LA MUJER. ¿Por qué no vas a la comisaría y dices que no tuvieron visitas el sábado?

Pausa.

EL HOMBRE. NO voy a ir a la comisaría. Lo han tratado como bestias.
LA MUJER. Le está bien empleado. ¿Por qué se mete en política?
EL HOMBRE. NO hubieran tenido que romperle la chaqueta. No era para tanto.
LA MUJER. La chaqueta es lo de menos.
EL HOMBRE. No hubieran tenido que rompérsela.

3

LA CRUZ DE TIZA

La SA ya venía
rastreando cual jauría
persiguiendo a sus hermanos.
Los dejan ante el jefazo
saludando en alto el brazo.
La sangre mancha sus manos.

Berlín, 1933. La cocina de una mansión. El hombre de la SA, la cocinera, la muchacha y el chófer.

LA MUCHACHA. ¿De verdad que no tienes más que media hora?
EL HOMBRE DE LA SA. ¡Hay ejercicios!
LA COCINERA. ¿Qué ejercicios son esos?
EL HOMBRE DE LA SA. ¡Eso es secreto oficial!
LA COCINERA. ¿Una batida?
EL HOMBRE DE LA SA. ¡Te gustaría saberlo! Pero a mí nadie me saca nada. No diré esta boca es mía.
LA MUCHACHA. ¿Y todavía tienes que ir hasta Reinicken-dorf?

EL HOMBRE DE LA SA. A Renickendorf o a Rummerlsburg, o quizá a Lichterfeld, ¿eh? LA MUCHACHA, *un tanto desconcertada:* ¿No quieres comer algo antes de irte?
EL HOMBRE DE LA SA. Nunca me hago de rogar: ¡venga el rancho!

La cocinera trae una bandeja.

Eso es, ¡no hay que irse de la boca! ¡Coger al enemigo por sorpresa! Caerle siempre cuando menos se lo espera. ¡Mirad al Führer cuando está preparando un golpe! ¡Impenetrable! No se sabe nada de antemano. Quizá ni él mismo lo sabe de antemano. Y luego, como un relámpago. Las cosas más increíbles. Eso es lo que hace que nos teman tanto. *Se ha anudado la servilleta al cuello. Levantando tenedor y cuchillo, pregunta:* ¿No irán a venir de pronto los señores, Anna? Y yo aquí sentado, con la boca llena de mayonesa. *Exagerando, como si tuviera la boca llena:* ¡Heil Hitler!
LA MUCHACHA. No, siempre llaman antes para pedir el coche, ¿verdad, señor Francke?
EL CHOFER. ¿Cómo dice? ¡Ah sí, claro!

El hombre de la SA, tranquilizado, empieza a ocuparse de la bandeja.

LA MUCHACHA, *sentándose a su lado:* ¿No estás cansado?
EL HOMBRE DE LA SA. Hecho polvo.
LA MUCHACHA. ¿Pero el viernes estarás libre?
EL HOMBRE DE LA SA, *asintiendo:* Si no surge algo.
LA MUCHACHA. Oye, arreglar el reloj me costó cuatro marcos y medio.
EL HOMBRE DE LA SA. Qué robo.
LA MUCHACHA. El reloj sólo me había costado doce.
EL HOMBRE DE LA SA. ¿Sigue fastidiándote el dependiente de la droguería?
LA MUCHACHA. Ay Dios.
EL HOMBRE DE LA SA. No tienes más que decírmelo.
LA MUCHACHA. YO te lo digo todo. ¿Llevas las botas nuevas?
EL HOMBRE DE LA SA, *desanimado:* Sí. ¿Por qué?
LA MUCHACHA. Minna, ¿ha visto las botas nuevas de Theo?
LA COCINERA. No.
LA MUCHACHA. ¡Enséñaselas, Theo! Se las acaban de dar.

El hombre de la SA, sin dejar de masticar, estira una pierna para que le vean la bota.

LA MUCHACHA. Bonitas, ¿no?

El hombre de la SA mira a su alrededor buscando algo.

LA COCINERA. ¿Le falta algo?
EL HOMBRE DE LA SA. Estoy un poquito seco.
LA MUCHACHA. ¿Quieres una cerveza? Te la traeré. *Sale corriendo.*
LA COCINERA. ¡Ésa se desvive por usted, señor Theo!
EL HOMBRE DE LA SA. Sí, debo de tener algo. Algo fulminante.
LA COCINERA. Los hombres os podéis permitir demasiadas cosas.
EL HOMBRE DE LA SA. Porque a las mujeres os gusta. *Viendo que la cocinera levanta un caldero muy pesado:* ¿Pero qué hace? Déjeme, eso es cosa mía. *Le lleva el caldero.*
LA COCINERA. Es usted muy amable. Siempre me ayuda. Pero no todos son tan serviciales. *Echando una mirada al chófer.*
EL HOMBRE DE LA SA. No haga tantos aspavientos. Lo hago con gusto.

Llaman a la puerta de la cocina.

LA COCINERA. Es mi hermano. Trae la lámpara para la radio.

Deja entrar a su hermano, un obrero.

LA COCINERA. Mi hermano.
EL HOMBRE DE LA SA Y EL CHOFER. ¡Heil Hitler!

El obrero murmura algo que, en caso de apuro, podría interpretarse como «Heil Hitler».

LA COCINERA. ¿Traes la lámpara?
EL OBRERO. Sí.
LA COCINERA. ¿Quieres ponerla enseguida?

Salen los dos.

EL HOMBRE DE LA SA. ¿Qué clase de tipo es?
EL CHÓFER. Un parado.
EL HOMBRE DE LA SA. ¿Viene a menudo?

EL CHÓFER, *encogiéndose de hombros:* Yo vengo poco por aquí.
EL HOMBRE DE LA SA. Bueno, la gorda no puede ser más fiel a la causa nacional.
EL CHÓFER. Desde luego.
EL HOMBRE DE LA SA. Sin embargo, su hermano puede ser muy distinto.
EL CHÓFER. ¿Sospecha usted algo concreto?
EL HOMBRE DE LA SA. ¿Yo? No. ¡Nunca! Nunca sospecho nada. Sabe, eso es ya casi una certeza. Y entonces la cosa va en serio.
EL CHÓFER, *murmurando:* Fulminante.
EL HOMBRE DE LA SA. Así es. *Echado hacia atrás y con un ojo cerrado:* ¿Entendió usted lo que murmuraba? *Imita el saludo del obrero.* Puede haber sido «¡Heil Hitler!». Pero no estoy muy seguro. Esos tipos me gustan.

Se ríe a carcajadas. Vuelven la cocinera y el obrero. Ella sirve a su hermano algo de comer.

LA COCINERA. Mi hermano entiende mucho de radio. Y, sin embargo, no le interesa nada escucharla. Sí yo tuviera tiempo la tendría siempre encendida. *Al obrero:* Y a ti el tiempo te sobra, Franz.
EL HOMBRE DE LA SA. ¿De veras? ¿Tiene una radio y no la pone?
EL OBRERO. A veces oigo música.
LA COCINERA. Y, sin embargo, se fabricó él mismo, con nada, el mejor de los aparatos.
EL HOMBRE DE LA SA. ¿De cuántas lámparas?
EL OBRERO, *mirándolo desafiante:* Cuatro.
EL HOMBRE DE LA SA. Bueno, cada uno tiene su gusto. *Al chófer:* ¿No es verdad?
EL CHÓFER. ¿Cómo dice? Ah sí, naturalmente.

Entra la muchacha con la cerveza.

LA MUCHACHA. ¡Está bien helada!
EL HOMBRE DE LA SA, *poniéndole cariñosamente la mano en la suya:* Muchacha, estás sin aliento. No hubieras debido correr así, yo podía esperar.

Ella le sirve de la botella.

LA MUCHACHA. No importa. *Le da la mano al obrero.* ¿Ha traído la lámpara? Pero siéntese un rato. Seguro que ha hecho todo el camino a pie. *Al hombre de la SA:* Vive en Moabit.
EL HOMBRE DE LA SA. ¿Dónde está mi cerveza? ¡Alguien se ha tomado mi cerveza! *Al chófer:* ¿Se ha tomado usted mi cerveza?
EL CHOFER. ¡No, claro que no! ¿Cómo se le ocurre? ¿Le ha desaparecido la cerveza?
LA MUCHACHA. ¡Pero si yo te la he servido!
EL HOMBRE DE LA SA, *a la cocinera:* ¡Usted se ha lomado mi cerveza! *Riéndose a carcajadas.* Bueno, calmaos. ¡Es un truco de nuestra cantina! Tomarse la cerveza sin que nadie se dé cuenta. *Al obrero:* ¿Iba a decir algo?
EL OBRERO. Un truco muy viejo.
EL HOMBRE DE LA SA. ¡Hágalo entonces! *Le sirve de la botella.*
EL OBRERO. Bueno. Aquí tengo la cerveza *-levanta el vaso-,* y ahora viene el truco. *Se bebe la cerveza tranquilamente y con placer.*
LA COCINERA. ¡Pero se le ha visto!
EL OBRERO, *secándose la boca:* ¿Ah sí? Entonces es que me ha salido mal.

El chófer se ríe a carcajadas.

EL HOMBRE DE LA SA. ¿Lo encuentra gracioso?
EL OBRERO. ¡Tampoco usted puede haberlo hecho de otro modo! ¿Cómo lo ha hecho?
EL HOMBRE DE LA SA. ¿Cómo quiere que se lo enseñe, si se me ha soplado toda la cerveza?
EL OBRERO. Aah, es verdad. Sin cerveza no podrá hacer el truco. ¿No conoce otro? Conoceréis más de un truco.
EL HOMBRE DE LA SA. ¿A quién se refiere?
EL OBRERO. Quiero decir los jóvenes.
EL HOMBRE DE LA SA. Ah.
LA MUCHACHA. ¡Sólo ha sido una broma del señor Lincke, Theo!
EL OBRERO, *pensando que es mejor contemporizar:* ¡No me lo tomará a mal!
LA COCINERA. Le traeré otra cerveza.
EL HOMBRE DE LA SA. No hace falta. Ya he podido enjuagarme.
LA COCINERA. El señor Theo sabe entender una broma.
EL HOMBRE DE LA SA, *al obrero:* ¿Por qué no se sienta? No nos comemos a nadie.

El obrero se sienta.

Vivir y dejar vivir. Y de vez en cuando alguna broma. ¿Por qué no? Sólo somos duros en lo que se refiere a la forma de pensar.
LA COCINERA. Tenéis que serlo.
EL OBRERO. ¿Y cómo está ahora la forma de pensar?
EL HOMBRE DE LA SA. La forma de pensar está bien. ¿Por qué? ¿No está usted de acuerdo?
EL OBRERO. Sí. Pero creo que nadie dice lo que piensa.
EL HOMBRE DE LA SA. ¿Que nadie lo dice? ¿Por qué? A mí sí que me lo dicen.
EL OBRERO. ¿De veras?
EL HOMBRE DE LA SA. Claro está que no van a venir a decirle a uno lo que piensan. Hay que ir allí.
EL OBRERO. ¿Adónde?
EL HOMBRE DE LA SA. Bueno, por ejemplo a la oficina del subsidio de desempleo. Por las mañanas vamos a esa oficina.
EL OBRERO. Es verdad, allí se pone a protestar alguno de vez en cuando.
EL HOMBRE DE LA SA. Precisamente.
EL OBRERO. Pero así sólo pueden pescar uno, porque luego los conocen. Y entonces vuelven a cerrar la boca.
EL HOMBRE DE LA SA. ¿Cómo que me conocen? ¿Quiere que le demuestre que no me conocen? A usted le gustan los trucos. Le puedo enseñar uno, porque tenemos muchos. Y, como digo yo siempre, si se dieran cuenta de todo lo que sabemos y de que nunca se saldrán con la suya, quizá renunciarían.
LA MUCHACHA. ¡Sí, Theo, cuenta cómo lo hacéis!
EL HOMBRE DE LA SA. Bueno, supongamos que estamos en la oficina del subsidio de la Münzstrasse. Digamos *-mira al obrero-* que está usted en la cola delante de mí. Pero antes tengo que hacer algunos preparativos. *Sale.*
EL OBRERO, *guiñando un ojo al chófer:* Ahora veremos cómo trabajan.
LA COCINERA. Descubrirán a todos los marxistas, porque no se puede tolerar que lo destruyan todo.
EL OBRERO. *Aja.*

Vuelve el hombre de la SA.

EL HOMBRE DE LA SA. Naturalmente, yo voy de paisano. *Al obrero:* Y ahora empiece a protestar.
EL OBRERO. ¿Contra qué?

EL HOMBRE DE LA SA. Bueno, no se ande con rodeos. Siempre tenéis alguna cosa de que protestar.
EL OBRERO. ¿Yo? No.
EL HOMBRE DE LA SA. Está usted escarmentado. ¡Pero no me irá a decir que todo es perfecto!
EL OBRERO. ¿Por qué no?
EL HOMBRE DE LA SA. Así no vamos a ninguna parte. Si no colabora, no iremos a ninguna parte.
EL OBRERO. Está bien. Diré impertinencias. Lo tienen a uno aquí, como sí nuestro tiempo no valiera nada. Y además tardo dos horas en venir desde Rummelsburg.
EL HOMBRE DE LA SA. Eso no vale. Rummelsburg no está más lejos de la Münzstrasse en el Tercer Reich que en la época de los capitostes de la República de Weimar. ¡Venga de una vez!
LA COCINERA. No es más que teatro, Franz. Sabemos que lo que digas no será lo que realmente piensas.
LA MUCHACHA. Por decirlo así, interpretas el papel de un protestón. Puedes estar completamente seguro de que Theo no lo tomará a mal. Sólo quiere enseñarte algo.
EL OBRERO. Bueno. Entonces diré que me paso por el culo a toda la SA, tan bonita como es. Yo estoy a favor de los marxistas y de los judíos.
LA COCINERA. ¡Pero Franz!
LA MUCHACHA. ¡Eso no vale, señor Lincke!
EL HOMBRE DE LA SA, *riéndose:* ¡Hombre! ¡Entonces lo haría detener sencillamente por el primer poli! ¿No tiene dos dedos de imaginación? Tiene que decir algo a lo que, llegado eí caso, pudiera dar otro sentido, algo que realmente pueda decirse.
EL OBRERO. Bueno, entonces tenga usted la amabilidad de provocarme.
EL HOMBRE DE LA SA. Eso no sirve desde hace tiempo. Podría decir que nuestro Führer es el hombre más grande que ha habido en la tierra, más grande que Jesucristo y Napoleón juntos, y entonces usted diría, todo lo más: eso sí que es verdad. Entonces yo seguiría otro método y diría: pero lo que ellos tienen grande es la bocaza. Todo es propaganda. En eso son los amos. ¿Sabéis el chiste de Goebbels y los dos piojos? ¿No? Bueno, pues dos piojos apuestan a quién llega primero de un lado a otro de la boca. Y gana el que da la vuelta alrededor de la cabeza. Es el camino más corto.
EL CHÓFER. Ah.

Todos se ríen.

EL HOMBRE DE LA SA, *al obrero:* Bueno, ahora arriésguese también a decir algo.
EL OBRERO. Por eso no voy a ponerme a decir sandeces. A pesar del chiste, usted podría ser un soplón
LA MUCHACHA. Eso es verdad, Theo.
EL HOMBRE DE LA SA. ¡Sois todos unos mierdas! ¡A veces me pongo furioso! Nadie se atreve a decir esta boca es mía.
EL OBRERO. ¿Eso lo piensa realmente, o lo dice en la oficina del subsidio?
EL HOMBRE DE LA SA. Eso lo digo también en la oficina del subsidio.
EL OBRERO. Si lo dice en la oficina del subsidio, yo le digo en esa oficina que cuando se tiene el tejado de vidrio hay que ser prudente. Yo soy cobarde y no tengo revólver.
EL HOMBRE DE LA SA. Voy a decirte una cosa, camarada, ya que hablas tanto de prudencia: eres muy prudente, muy prudente, ¡y de pronto te encuentras en el Servicio de Trabajo Voluntario!
EL OBRERO. ¿Y si no eres tan prudente?
EL HOMBRE DE LA SA. Entonces, de todas formas, también. Eso lo reconozco. Por eso se llama voluntario. Bonita voluntariedad, ¿verdad?
EL OBRERO. Entonces podría ocurrir que alguien fuera así de atrevido y los dos estuvierais ante la oficina del subsidio y que usted lo mirase con sus ojos azules, de forma que él dijera algo sobre la voluntariedad del servicio de trabajo. ¿Qué podría decir? Pues algo así como: ayer se fueron otros quince. A menudo me pregunto cómo consiguen que lo hagan, si todo es voluntario, y sin embargo, cuando hacen algo no reciben menos que cuando no hacen nada, aunque tendrían que comer más. Entonces me contaron la historia del Doctor Ley y el gato, y naturalmente todo me resultó claro. ¿Conoce la historia?
EL HOMBRE DE LA SA. No, no la conocemos.
EL OBRERO. Pues el Doctor Ley hace un pequeño viaje de negocios con la organización «A la Fuerza por la Alegría» y conoce a un capitoste de la República de Weimar, ya no me acuerdo del nombre, quizá fuera en un campo de concentración, aunque allí no va el Doctor Ley, porque es muy sensato, y el capitoste le pregunta enseguida cómo se las arregla para que los obreros se traguen todo lo que antes no se hubieran tragado de ninguna manera. El Doctor Ley le muestra un gato que toma el sol y le dice: supongamos que quiera usted que se trague una buena ración de mostaza, le guste o no. ¿Qué haría? El mandamás coge la mostaza y se la unta al gato en el hocico y, naturalmente, el animal se la escupe a la cara; de

tragársela nada, pero ¡arañazos los que quiera! No hombre, le dice el Doctor Ley a su estilo afable, eso es un error. ¡Míreme! Coge la mostaza con un amplio gesto y, en un abrir y cerrar de ojos, se la mete al infeliz animal por el culo. *A las señoras:* Ustedes me perdonarán, pero la historia es así... El animal, muy afectado y aturdido, porque le duele muchísimo, se pone enseguida a lamerse toda la mostaza. Ya ve, amigo, dice triunfante el Doctor Ley, ¡se la traga! ¡Y voluntariamente!

Se ríen.

EL OBRERO. Sí, muy divertido.
EL HOMBRE DE LA SA. Ahora vamos un poco mejor. El Servicio Voluntario de Trabajo es uno de los temas favoritos. Lo malo es que ya nadie se atreve a resistirse. Nos pueden dar mierda de comer y todavía les daremos las gracias.
EL OBRERO. No, eso tampoco es verdad. Hace poco estaba en la Alexanderplatz, pensando si debía presentarme impulsivamente en el Servicio Voluntario de Trabajo o esperar a que me llevaran arrastrando. Y entonces sale del almacén de comestibles de la esquina una mujer pequeña y delgada, evidentemente la mujer de un proletario. Alto ahí, le digo, ¿desde cuándo hay aún proletarios en el Tercer Reich, cuando tenemos una Comunidad Nacional, que incluye hasta a los Thyssen? No, dice ella, ¡han subido el precio de la margarina! De cincuenta pfennig a un marco. ¿Me va a convencer de que eso es una Comunidad Nacional? Buena mujer, tenga cuidado con lo que me dice, porque yo soy nacional hasta los huesos. Huesos, dice ella, pero nada de carne, y salvado en el pan. ¡A eso se atrevió! Yo me quedo estupefacto y murmuro: ¡Tiene que comprar mantequilla! ¡Además, es más sana! No hay que ahorrar en la comida porque se debilitan las fuerzas del pueblo, lo que no podemos permitirnos con los enemigos que nos rodean, hasta en los puestos más altos... nos lo han advertido. No, dice ella, nazis somos todos, hasta el último suspiro, que puede venir muy pronto por el peligro de una guerra. Pero cuando, hace poco, dice ella, quise dar mi mejor sofá al Socorro de Invierno, porque al parecer Göring tiene que dormir en el suelo, con todas esas preocupaciones por las materias primas, me dicen en la oficina que ¡preferirían un piano, para «A la Fuerza por la Alegría», ¿sabe?! No hay harina de verdad. Me vuelvo a llevar el sofá del Socorro de Invierno y voy al trapero de la esquina, porque hacía ya tiempo que quería comprarme media libra de mantequilla. Los de la mantequería dicen: hoy no hay mantequilla, compañera, ¿no quiere un cañón? Démelo, le

digo, dice ella. Y yo le digo: Pero, buena mujer, ¿para qué quiere cañones? ¿Con la tripa vacía? No, dice ella, si tengo que morirme de hambre, más vale arrasar por completo a toda esa chusma, con Hitler a la cabeza... Pero, le digo, pero, exclamo horrorizado... Con Hitler a la cabeza venceremos también a los franceses, dice ella. ¡Si ya fabricamos gasolina con lana! ¿Y la lana?, digo yo. La lana, dice ella, la fabricamos ahora con gasolina. ¡También necesitamos lana! Cuando una buena pieza de lana de los viejos tiempos llega al Socorro de Invierno, se la disputan los del Partido. Si Hitler lo supiera, oiga, pero ése no sabe nada, le importa un pimiento, al parecer no hizo ni el bachillerato. Bueno, yo no sabía qué decir ante tanto disparate.
Oiga joven, le digo, ¡tengo que ir un momento a la Alexanderplatz! Pero, qué me dice, cuando vuelvo con un agente, ¡no me esperaba ya! *Deja de fingir.* Bueno, ¿qué me dice de todo eso?
EL HOMBRE DE LA SA, *continuando el juego:* ¿Yo? Bueno, ¿qué le voy a decir? Quizá le mirase con reproche. Ir corriendo a la Alexanderplatz..., le diría quizá. ¡A ti no se te puede decir nada con franqueza!
EL OBRERO. No se puede. A mí no. Si alguien me confía algo, va listo. Sé cuál es mi deber de camarada y, si mi propia madre me susurrara algo al oído sobre el aumento del precio de la margarina o algo así, me iría enseguida a la sede de la Sección. Denunciaría a mi propio hermano si murmurase del Servicio de Trabajo Voluntario. Y en cuanto a mi novia, si me escribiera que en el campo de trabajo le habían hecho una barriga con sus «Heil Hitler», la iría a buscar: nada de abortos porque, si no actuamos así, si nos ponemos en contra de nuestra propia carne y nuestra propia sangre, el Tercer Reich, al que amamos por encima de todo, no perdurará... ¿Lo he hecho mejor ahora? ¿Está contento conmigo?
EL HOMBRE DE LA SA. Creo que ya basta. *Sigue con el juego.* Y ahora puedes ir tranquilo a que te sellen la cartilla, te he comprendido, todos te hemos comprendido, ¿verdad, compañeros? Pero en mí puedes confiar, camarada, seré mudo como una tumba. *Le da una palmada en el hombro y deja de fingir.* Bueno, y ahora se irá a la Oficina del Subsidio de Desempleo y lo detendrán inmediatamente.
EL OBRERO. ¿Sin que usted se salga de la fila y me siga?
ÉL HOMBRE DE LA SA. Sin necesidad de eso.
EL OBRERO. ¿Y sin que le haga una seña a nadie de que hay alguien sospechoso?
EL HOMBRE DE LA SA. Sin necesidad de hacer señas.
EL OBRERO. ¿Y cómo?

EL HOMBRE DE LA SA. ¡Quiere saber el truco! Póngase de pie y enséñenos la espalda. *Lo hace girar agarrándolo por los hombros, para que todos puedan vérsela. Luego, a la muchacha:* ¿Lo ves?
LA MUCHACHA. ¡Tiene una cruz, una cruz blanca!
LA COCINERA. ¡En mitad de la espalda!
EL CHÓFER. Es verdad.
EL HOMBRE DE LA SA. ¿Y cómo ha llegado hasta ahí? *Enseña la palma de la mano:* Bueno, ¡aquí está la crucecita blanca que ha pasado ahí de tamaño natural!

El obrero se quita la chaqueta y contempla la cruz.

EL OBRERO. Buen trabajo.
EL HOMBRE DE LA SA. Bueno, ¿verdad? Llevo siempre tiza encima. Hay que pensar un poco, para eso no hay plan. *Satisfecho.* Y ahora, a Reinickendorf. *Se corrige:* Tengo allí una tía. No parecéis muy entusiasmados. *A la muchacha:* ¿Por qué pones esa cara de tonta, Anna? ¿Es que no has comprendido el truco?
LA MUCHACHA. Claro que sí. Qué te crees, tan torpe no soy.
EL HOMBRE DE LA SA, *como si se le hubiera estropeado la diversión, extiende la mano:* ¡Límpiamela!

Ella le limpia la mano con un trapo.

LA COCINERA. Es que hay que trabajar así, porque quieren destruir todo lo que ha levantado nuestro Führer y nos envidian todos los pueblos.
EL CHOFER. ¿Cómo dice? Tiene toda la razón. *Saca su reloj.* Voy a lavar el coche. ¡Heil Hitler! *Sale.*
EL HOMBRE DE LA SA. ¿Qué clase de tipo es ése?
LA MUCHACHA. Un hombre tranquilo. No quiere saber nada de política.
EL OBRERO, *levantándose:* Bueno, Minna, yo también me voy... Y no me guardes rencor por lo de la cerveza. Tengo que confesar que he vuelto a convencerme de que nadie que tenga algo contra el Tercer Reich puede salirse con la suya, eso es una tranquilidad. Por lo que a mí se refiere, nunca tengo contacto con esos elementos destructores, aunque me gustaría encontrarme con alguno. Pero no tengo vuestra presencia de ánimo. *Clara y distintamente:* Bueno, Minna, muchas gracias y ¡Heil Hitler!
LOS OTROS. ¡Heil Hitler!

EL HOMBRE DE LA SA. Si quiere que le dé un buen consejo, será mejor que no parezca tan inocente. Eso llama la atención. Conmigo puede permitirse algún pequeño desahogo, porque sé entender una broma. Bueno, ¡Heil Hitler!

Sale el obrero.

Un tanto deprisa se han largado los muchachos. ¡Como si les hubiera entrado algo de repente! Lo de Reinickendorf no hubiera debido decirlo. Están siempre sobre aviso.

LA MUCHACHA. Tengo que pedirte una cosa, Theo.

EL HOMBRE DE LA SA. ¡Suéltalo!

LA COCINERA. Voy a colgar la ropa. También yo he sido joven. *Sale.*

EL HOMBRE DE LA SA. ¿Qué pasa?

LA MUCHACHA. Te lo diré sólo si sé que no me lo vas a tomar a mal. Si no, no te digo nada.

EL HOMBRE DE. LA SA. ¡Venga, suéltalo!

LA MUCHACHA. Es sólo que... Me resulta penoso... necesito veinte marcos del dinero.

EL HOMBRE DE LA SA. ¿Veinte marcos?

LA MUCHACHA. Ya ves, te parece mal.

EL HOMBRE DE LA SA. Es que sacar veinte marcos de la cartilla de ahorros no es algo que me guste. ¿Para qué quieres esos veinte marcos?

LA MUCHACHA. Preferiría no decírtelo.

EL HOMBRE DE LA SA. Vaya. No me lo quieres decir. Eso lo encuentro raro.

LA MUCHACHA. Sé que no vas a estar de acuerdo conmigo, y prefiero no decirte mis razones, Theo.

EL HOMBRE DE LA SA. Si no tienes confianza en mí...

LA MUCHACHA. Sí que confío en ti.

EL HOMBRE DE LA SA. Entonces, ¿quieres que liquidemos nuestra cartilla de ahorros?

LA MUCHACHA. ¡Cómo puedes pensar algo así! Si saco esos veinte marcos, me quedarán todavía noventa y siete.

EL HOMBRE DE LA SA. No necesitas decírmelo tan exactamente. Yo también sé el dinero que hay. Sólo puedo imaginarme que quieres romper conmigo porque quizá estés coqueteando con algún otro. Quizá quieras que él revise las cuentas.

LA MUCHACHA. Yo no coqueteo con nadie.

EL HOMBRE DE LA SA. Entonces dime para qué es.

LA MUCHACHA. No vas a querer dármelo.

EL HOMBRE DE LA SA. ¿Cómo puedo saber que no lo quieres para algo que no está bien? Me siento responsable.

LA MUCHACHA. No es para nada indebido, pero si no lo necesitara no te lo pediría, eso lo sabes.

EL HOMBRE DE LA SA. Yo no sé nada. Sólo sé que todo me resulta bastante turbio. ¿Para qué necesitas de repente veinte marcos? Es una bonita suma. ¿Estás embarazada?

LA MUCHACHA. NO.

EL HOMBRE DE LA SA. ¿Estás segura?

LA MUCHACHA. Sí.

EL HOMBRE DE LA SA. Si llegara a enterarme de que te proponías algo ilegal, si me llegara el menor indicio, todo habría terminado, te lo aseguro. Habrás oído decir que todo lo que atenta contra el fruto que germina es el mayor crimen que se puede cometer. Si el pueblo alemán no se multiplica, se acabó su misión histórica

LA MUCHACHA. Pero Theo, no sé de qué me hablas. No es nada de eso: te lo diría, porque sería también cosa tuya. Sin embargo, sí puedes pensar algo así, te lo diré. Sólo es porque quiero ayudar a Frieda a comprarse un abrigo de invierno.

EL HOMBRE DE LA SA. ¿Y por qué no puede tu hermana comprarse ella el abrigo?

LA MUCHACHA. No puede hacerlo con su pensión de invalidez, son veintiséis marcos mensuales.

EL HOMBRE DE LA SA. ¿Y el Socorro de Invierno? Eso es lo que pasa, no tenéis ninguna confianza en el Estado Nacional-socialista. Lo puedo ver sólo escuchando las conversaciones de esta cocina. ¿Crees que no me he dado cuenta de que antes has reaccionado muy mal ante mi experimento?

LA MUCHACHA. ¿Cómo que he reaccionado muy mal?

EL HOMBRE DE LA SA. ¡Sí, tú! ¡Exactamente igual que esos tipos que se largaron de pronto!

LA MUCHACHA. Si quieres que te diga la verdad, esas cosas no me gustan nada.

EL HOMBRE DE LA SA. ¿Y qué es lo que no te gusta, si se puede saber?

LA MUCHACHA. Que hagas detener a esos pobres diablos con engaños y trucos y demás. Mi padre está también sin trabajo.

EL HOMBRE DE LA SA. Bueno, eso es lo que quería oír. De todas formas me lo había imaginado al hablar con ese Lincke.

LA MUCHACHA. ¿Quieres decir que vas a tenderle una trampa por lo que él ha hecho para darte gusto y porque todos lo hemos animado a hacerlo?

EL HOMBRE DE LA SA. YO no digo nada, ya lo he dicho antes. Y si tienes algo en contra de lo que hago en cumplimiento de mi deber, tendré que decirte que puedes leer en *Mein Kampf* que el propio Führer no consideraba indigno poner a prueba las convicciones del pueblo y que, incluso, ésa fue su tarea durante cierto tiempo, cuando estaba en el *Reichswehr,* y que lo hacía por Alemania y eso ha tenido grandes consecuencias.
LA MUCHACHA. Si te pones así, Theo, lo que quiero es saber si puedo contar con los veinte marcos y nada más.
EL HOMBRE DE LA SA. A eso sólo puedo decirte que no estoy precisamente de humor para dejar que me saquen los cuartos.
LA MUCHACHA. ¿Cómo que sacarte los cuartos? ¿Es mi dinero o el tuyo?
EL HOMBRE DE LA SA. ¡De pronto tienes una extraña forma de hablar del dinero de los dos! ¿Para eso hemos alejado a los judíos de la vida nacional, para que ahora nuestros propios camaradas nos chupen la sangre?
LA MUCHACHA. ¿No dirás eso por los veinte marcos?
EL HOMBRE DE LA SA. Ya tengo suficientes gastos. Sólo las botas me costaron veintisiete.
LA MUCHACHA. ¿Pero no te las dieron en el servicio?
EL HOMBRE DE LA SA. Sí, eso creíamos. Por eso elegí también las mejores, las de polainas. Y luego nos las cobraron y nos quedamos con dos palmos de nances.
LA MUCHACHA. ¿Veintisiete marcos por unas botas? ¿*Y* cuáles han sido los otros gastos?
EL HOMBRE DE LA SA. ¿Qué otros gastos?
LA MUCHACHA. Me has dicho que habías tenido muchos gastos.
EL HOMBRE DE LA *SA.* No me acuerdo. Y no me gusta que me interroguen. Puedes estar tranquila, que no te engañaré. Y lo de los veinte marcos me lo tengo que pensar.
LA MUCHACHA, *llorando:* Theo, no es posible, me dijiste que no había ningún problema con el dinero y sí que lo hay. Ya no *sé* qué pensar. ¡Nos tienen que quedar todavía veinte marcos en la caja de ahorros de todo nuestro dinero.
EL HOMBRE DE LA SA, *dándole palmaditas en la espalda:* ¿Quién dice que no nos queda ya nada en la caja de ahorros? Eso es imposible. Puedes creer en mí. Lo que tú me confías está tan seguro como en una caja fuerte. Bueno, ¿te fías otra vez de tu Theo?

Ella llora, sin responder.

Eso es sólo una crisis de nervios porque has trabajado demasiado. Me voy a mi ejercicio nocturno. Y el viernes vendré a buscarte. ¡Heil Hitler! *Sale.*

La muchacha trata de contener las lágrimas y va de un lado a otro por la cocina, desesperada. Vuelve la cocinera con un cesto de colada.

LA COCINERA. ¿Pero qué le pasa? ¿Se han peleado? Sin embargo, Theo es un hombre tan recto. Tendría que haber más como él. ¿No será nada serio?
LA MUCHACHA, *sin dejar de llorar:* Minna, ¿podría ir a casa de su hermano y advertirle de que tenga cuidado?
LA COCINERA. ¿De qué?
LA MUCHACHA. Bueno, es algo que se me ha ocurrido.
LA COCINERA. ¿Por lo de esta noche? No puede decirlo en serio. Algo así no lo haría Theo nunca.
LA MUCHACHA. Ya no sé qué pensar, Minna. Ha cambiado tanto. Lo han estropeado por completo. No anda en buenas compañías. Hace cuatro años que estamos juntos y ahora me parece como si... ¡Por favor, mire si no tengo yo también una cruz en la espalda!

4

SOLDADOS DEL PANTANO

Hay SA por todas partes
y más vale que te apartes.
Discuten Lenin y Bebel
y hasta ves Kautsky y ves Marx
en manos de Satanás.
Bunker nazi se los lleve.

Campo de concentración de Esterwegen, 1934. Algunos presos mezclan cemento.

BRÜHL, *en voz baja a Dievenbach:* Apártate de Lohmann, no es de fiar.
DIEVENBACH, *en voz alta:* Lohmann, Brühl me dice que me aparte de ti, que no eres de fiar.
BRÜHL. Qué cerdo.

LOHMANN. ¡Y eso lo dices tú, judas! ¿Por qué mandaron a Karl a la casamata?
BRÜHL. ¿Fue por mí acaso? ¿Es que tengo cigarrillos que nadie sabe de dónde vienen?
LOHMANN. ¿Cuándo he tenido yo cigarrillos?
EL ESTUDIOSO DE LA BIBLIA. ¡Cuidado!

El centinela de la SA pasa por el terraplén de arriba.

EL HOMBRE DE LA SA. Alguien ha hablado. ¿Quién ha sido? *Nadie responde.* Si vuelve a ocurrir, habrá casamata para todos, ¿entendido? ¡Cantad!

Los presos cantan la primera estrofa de «Soldados del pantano». El hombre de la SA sigue su camino.

«A donde miren los ojos
sólo divisan pantanos.
No cantan los petirrojos
y se alzan robles enanos.

Nosotros somos soldados,
con nuestros picos alzados
marchamos hacia el pantano.»

ESTUDIOSO DE LA BIBLIA. ¿Porqué seguís peleándoos?
DIEVENBACH. No te ocupes de eso, estudioso de la Biblia, porque no lo comprenderías. *Señalando a Brühl:* El partido de éste votó ayer en el Reichstag a favor de la política exterior de Hitler. Y éste *-señala a Lohmann-* cree que la política exterior de Hitler significa la guerra.
BRÜHL. No, si participamos nosotros.
LOHMANN. Con vuestra participación hubo ya una guerra.
BRÜHL. Militarmente, Alemania es demasiado débil.
LOHMANN. Bueno, a Hitler le disteis de dote un acorazado.
EL ESTUDIOSO DE LA BIBLIA, *a Dievenbach:* ¿Qué eras tú? ¿Socialdemócrata o comunista?
DIEVENBACH. Me mantuve al margen.
LOHMANN. Ahora estás metido de lleno, y de hecho en un campo de concentración.
EL ESTUDIOSO DE LA BIBLIA. ¡Cuidado!

Aparece otra vez el hombre de la SA. Los observa. Brühl comienza a cantar despacio la segunda estrofa de «Soldados del pantano». El hombre de la SA sigue su camino.

«Van y vienen centinelas
y nadie podrá escapar.
No hay huida si no vuelas.
Cuatro muros que saltar.

Nosotros somos soldados,
con nuestros picos alzados
marchamos hacia el pantano.»

LOHMANN, *tirando la pala:* Si pienso que estoy aquí porque os negasteis a formar un frente unitario, podría aplastarte el cráneo.
BRÜHL. ¡Aja! «Si no quiero ser tu hermano, tú me sentarás la mano», ¿no? ¡Frente unitario! Pajarito, te conozco: ¡eso os hubiera gustado, tomarnos el pelo!
LOHMANN. Claro, ¡preferís que os tome el pelo Hitler! ¡Traidores al pueblo!
BRÜHL, *coge furioso su pala y la levanta contra Lohmann, que ha cogido la suya al mismo tiempo:* Te voy a enseñar a ti.
EL ESTUDIOSO DE LA BIBLIA. ¡Cuidado!

Empieza a cantar apresuradamente la última estrofa de «Soldados del pantano».
Vuelve a aparecer el hombre de la SA, y los otros cantan también, mientras siguen mezclando el cemento.

«Pero no nos quejaremos
el invierno acabará
y algún día exclamaremos
¡patria, eres mía ya!

Y aunque seamos soldados
con nuestros picos alzados
no iremos ya hacia el pantano.»

EL HOMBRE DE LA SA. ¿Quién ha gritado «traidores del pueblo»?

Nadie responde.

Nunca aprenderéis. A *Lohmann:* ¿Quién?

Lohmann mira fijamente a Brühl y guarda silencio.

A Dievenbach: ¿Quién?

El estudioso de la Biblia guarda silencio.

A Brühl: ¿Quién?

Brühl guarda silencio.

Os voy a dar cinco segundos, y luego os meteré en la casamata hasta que os pudráis.

Aguarda cinco segundos. Todos permanecen callados, mirando ante sí.

A la casamata.

5

AL SERVICIO DEL PUEBLO

Aquí están ya los guardianes,
los soplones y rufianes
sirviendo al pueblo con celo.
Los que oprimen y trituran,
los que azotan y torturan
con el máximo desvelo.

Campo de concentración de Oranienburg, 1934. Un pequeño patio entre las paredes de las barracas. Antes de que se ilumine la escena, se oyen latigazos. Luego se ve a un hombre de la SA azotando a un detenido. Al fondo está un jefe de grupo de la SA, fumando, de espaldas a la escena. Luego sale.

EL HOMBRE DE LA SA, *cansado, se sienta en un tonel:* Sigue trabajando.

El detenido se levanta del suelo y comienza a limpiar las letrinas con movimientos nerviosos.

¿Por qué no puedes decir que no, so cerdo, cuando te preguntan si eres comunista? A ti te dan una paliza y yo me pierdo la salida, hecho polvo como estoy. ¿Por qué no se lo encargan a Klapproth? A él le divierte. Si ese chulo de putas vuelve a aparecer *-escucha-,* coges el látigo y te pones a dar golpes en el suelo, ¿entendido?
EL DETENIDO. Sí, jete.
EL HOMBRE DE LA SA. ¡Cuidado!

Fuera se oyen pasos, y él hombre de la SA señala el látigo. El detenido lo coge y da latigazos en el suelo. Como el ruido no suena auténtico, el hombre de la SA señala perezosamente un cesto que hay al lado, y el detenido empieza a golpearen él. Los pasos de fuera se detienen. El hombre de la SA, nervioso, se levanta rápidamente y azota al detenido.

EL DETENIDO, *en voz baja:* En el vientre no.

El hombre de la SA le azota el trasero. El jefe de grupo de la SA se asoma.

EL JEFE DE GRUPO DE LA SA. Dale en el vientre.

El hombre de la SA azota al detenido en el vientre.

6

LA BÚSQUEDA DEL DERECHO

Luego vinieron los jueces
y les dijeron mil veces:
justo es, si al pueblo aprovecha.
Dijeron: ¿cómo sabremos?
Así juzgarlos veremos

a todos bajo sospecha

Augsburgo, 1934. Sala de deliberaciones de un Palacio de Justicia. Se ve por la ventana una lechosa mañana de enero. Todavía arde una lámpara de gas redonda. El juez se está poniendo la toga. Llaman a la puerta.

EL JUEZ. ¡Adelante!

Entra el inspector de lo criminal.

EL INSPECTOR. Buenos días, señor juez.
EL JUEZ. Buenos días, señor Tallinger. Le he pedido que viniera por el juicio Haberle, Schünt y Gaunitzer. El caso, francamente, no me resulta claro.
EL INSPECTOR. ¿ ?
EL JUEZ. Por el expediente he deducido que la tienda en que ocurrió el altercado, la joyería Arndt, es judía, ¿no?
EL INSPECTOR. ¿?
EL JUEZ. ¿Y Haberle, Schünt y Gaunitzer siguen siendo miembros de la Sección de Asalto número siete?

El inspector asiente con la cabeza.

EL JUEZ. ¿Es decir, que la Sección no encontró motivo para sancionarlos?

El inspector niega con la cabeza.

EL JUEZ. Sin embargo, es de suponer que, después del escándalo que se produjo en el barrio, la Sección investigó.

El inspector se encoge de hombros.

EL JUEZ. Le quedaría muy agradecido, Tallinger, si antes de la vista me hiciera un pequeño resumen.
EL INSPECTOR, *mecánicamente:* El 2 de diciembre del pasado año, a las ocho y cuarto de la mañana, los miembros de la SA Häberlc, Schünt y Gaunitzer penetraron en la joyería Arndt de la Schlettowstrasse y, tras un altercado verbal, hirieron al joyero Arndt, de cincuenta y cuatro años de edad, en la nuca. Se produjeron daños materiales por valor de once mil doscientos

treinta y cuatro marcos. Las investigaciones de la policía, iniciadas el 7 de diciembre del pasado año, revelaron que...
EL JUEZ. Mi querido Tallinger, todo eso está en el expediente. *Muestra irritado el escrito de acusación, que es sólo de una página.* Este escrito de acusación es el más flojo y chapucero que he visto en mi vida, y en los últimos meses he visto muchos. Pero todo eso está ahí. Esperaba que me pudiera decir algo del trasfondo del caso.
EL INSPECTOR. Por supuesto, señor juez.
EL JUEZ. ¿Entonces?
EL INSPECTOR. En realidad, el caso no tiene ningún trasfondo.
EL JUEZ. No me querrá decir, Tallinger, que está claro.
EL INSPECTOR, *sonriendo:* No, no está claro.
EL JUEZ. Al parecer, desaparecieron también joyas durante la disputa. ¿Se han encontrado?
EL INSPECTOR. No que yo sepa.
EL JUEZ. ¿ ?
EL INSPECTOR. Señor juez, tengo familia.
EL JUEZ. Yo también, Tallinger.
EL INSPECTOR. Por supuesto.

Pausa.

El caso es que ese Arndt es judío, ¿sabe?
EL JUEZ. Como su nombre indica.
EL INSPECTOR. Por supuesto. En el barrio se corrió la voz durante cierto tiempo de que debía tratarse incluso un caso de relaciones sexuales interraciales
EL JUEZ, *viendo algo de luz:* ¡Aja! ¿Y quién estaba mezclado?
EL INSPECTOR. La hija de Arndt. Tiene diecinueve años y dicen que es bonita.
EL JUEZ. ¿Investigaron el caso las autoridades?
EL INSPECTOR, *reservado:* Eso no. El rumor volvió a acallarse.
EL JUEZ. ¿Quién lo propaló?
EL INSPECTOR. El dueño de la casa. Un tal señor von Miehl.
EL JUEZ. ¿Sin duda quería que ese negocio judío desapareciera de su casa?
EL INSPECTOR. Eso pensamos. Pero, al parecer, se retractó otra vez.
EL JUEZ. Sin embargo, en definitiva podría explicarse así por qué había en el barrio cierto encono contra Arndt. De forma que los jóvenes actuaron con una especie de exaltación patriótica...
EL INSPECTOR, *resuelto:* No lo creo, señor juez.

EL JUEZ. ¿Qué es lo que no cree?
EL INSPECTOR. Que Häberle, Schünt y Gaunitzer quieran insistir mucho en lo de las relaciones sexuales interraciales.
EL JUEZ. ¿Por qué no?
EL INSPECTOR. El nombre del ario de que se trata, como le he dicho, nunca se mencionó en el expediente. Ese hombre puede ser Dios sabe quién. Podría estar en cualquier sitio donde hubiera un montón de arios, ¿no? ¿Y dónde hay un montón de arios? En pocas palabras, la Sección de Asalto no desea que eso salga a relucir.
EL JUEZ, *impaciente:* Entonces, ¿para qué me lo cuenta?
EL INSPECTOR. Porque me dijo que tenía familia. Para que no lo saque a relucir usted. Al fin y al cabo, cualquier testigo de la vecindad podría empezar con eso.
EL JUEZ. Comprendo. Pero por lo demás no comprendo mucho.
EL INSPECTOR. Cuanto menos comprenda, tanto mejor, dicho sea entre nosotros
EL JUEZ. Eso es fácil de decir. Pero yo tengo que dictar una sentencia.
EL INSPECTOR, *vagamente:* Claro, claro.
EL JUEZ. Entonces sólo queda la posibilidad de una provocación por parte de Arndt, porque de otro modo el incidente es incomprensible.
EL INSPECTOR. Estoy completamente de acuerdo, señor juez.
EL JUEZ. ¿Cómo fueron provocados los de la SA?
EL INSPECTOR. Según su declaración, tanto por el propio Arndt como por un desocupado contratado para quitar la nieve. Al parecer, ellos querían tomarse un vaso de cerveza y, al pasar por delante de la tienda, tanto el desocupado Wagner como el propio Arndt les gritaron soeces insultos desde la puerta.
EL JUEZ. ¿No tienen testigos, verdad?
EL INSPECTOR. Los tienen. El propietario, ese von Miehl, declaró que, desde la ventana, vio a Wagner provocar a los de la SA. Y el socio de Arndt, un tal Stau, estuvo esa misma tarde en la sede de la Sección y reconoció en presencia de Häberle, Schünt y Gaunitzer que Arndt, incluso delante de él, hablaba siempre con desprecio de la SA.
EL JUEZ. Ah, ¿Arndt tiene un socio? ¿Ario?
EL INSPECTOR. Claro que ario. ¿Cree que iba a utilizar de testaferro a un judío?
EL JUEZ. Pero su socio no declarará contra él.
EL INSPECTOR, *con astucia:* Quizá sí.

EL JUEZ, *irritado:* ¿Por qué? Si se prueba que Arndt provocó la agresión de Häberle, Schünt y Gaunitzer, los del negocio no podrán presentar una demanda de daños y perjuicios.
EL INSPECTOR. ¿Y de dónde saca que Stau tiene algún interés en esa demanda?
EL JUEZ. Eso no lo entiendo. Al fin y al cabo, es socio.
EL INSPECTOR. Pues por eso
EL JUEZ. ¿ ?
EL INSPECTOR. Hemos podido comprobar -naturalmente bajo cuerda, eso no es oficial- que Stau entra y sale como quiere en la *sede* de la Sección. Fue miembro de la SA o lo es aún. Por eso, probablemente, Arndt lo tomó como socio. Stau estuvo ya complicado en un asunto así, en el que los de la SA hicieron una visita a alguien. En aquella ocasión tropezaron con la persona equivocada y costó mucho trabajo dar carpetazo al asunto. Naturalmente, no quiero decir que el propio Stau, en este caso... De todas formas, no es un tipo inofensivo. Le ruego que considere esto totalmente confidencial, ya que antes ha hablado de su familia.
EL JUEZ, *asintiendo:* Lo que no veo es qué interés puede tener el señor Stau en que su negocio sufra daños por valor de más de once mil marcos.
EL INSPECTOR. Sí, las joyas desaparecieron. Quiero decir que, en cualquier caso, Häberle, Schünt y Gaunitzer no las tienen. Tampoco las han vendido.
EL JUEZ. Ah.
EL INSPECTOR. Naturalmente, si se prueba que Arndt tuvo una actitud provocadora, no se podrá exigir de Stau que lo conserve como socio. Y la pérdida sufrida, naturalmente, tendría que indemnizársela Stau, ¿está claro?
EL JUEZ. Sí, eso en cualquier caso está muy claro. *Contempla un instante pensativo al inspector, que lo mira otra vez sin expresión, de una forma totalmente oficial.* Sin duda se sacará en limpio que Arndt provocó a los de la SA. El hombre, al parecer, se ha hecho impopular en todas partes. ¿No dijo usted que, por las escandalosas circunstancias de su familia, dio lugar a una denuncia del propietario? Sí, sí, ya sé que no hay que sacar a relucir eso, pero de todas formas se puede suponer que también por esa parte se vería con agrado que se hiciera pronto un desalojo. Se lo agradezco, Tallinger, realmente me ha prestado un servicio.

El juez da al inspector un puro. El inspector sale. Se encuentra en el umbral con el fiscal, que entra en ese momento.

EL FISCAL, *al juez:* ¿Puedo hablarle un momento?

EL JUEZ, *que está pelando una manzana de desayuno:* Puede.
EL FISCAL. Se trata del caso Häberle, Schünt y Gaunitzer.
EL JUEZ, *ocupado:* ¿Sí?
EL FISCAL. El caso está bastante claro...
EL JUEZ. Sí. Francamente, no comprendo por qué la Fiscalía inició unas actuaciones.
EL FISCAL. ¿Cómo? El caso provocó en el barrio una lamentable expectación. Hasta los dirigentes del Partido consideraron adecuada su investigación.
EL JUEZ. Yo sólo veo un caso claro de provocación judía y nada más.
EL FISCAL. ¡Qué disparate, Goll! No crea que nuestros escritos de acusación, porque parezcan ahora un tanto lacónicos, no merecen mayor atención. Ya me había imaginado que, con toda ingenuidad, se inclinaría usted por la primera solución. Pero no cometa una equivocación. Se encontraría en los confines de la Pomerania antes de lo que se imagina. Y allí no se está muy cómodo ahora.
EL JUEZ, *perplejo, deja de comerse la manzana:* No lo entiendo en absoluto. ¿No querrá decir que tiene la intención de exculpar al judío Arndt?
EL FISCAL, *con fuerza:* ¡Claro que la tengo! Ese hombre no tenía intención de provocar. ¿Cree usted que, porque sea judío, no puede encontrar justicia ante un tribunal del Tercer Reich? Expone usted unas opiniones muy peculiares, Goll.
EL JUEZ, *furioso:* No he expuesto ninguna opinión. Sólo tenía la convicción de que Häberle, Schünt y Gaunitzer fueron provocados.
EL FISCAL. Pero no por Arndt, sino por el desempleado, cómo se llama, que limpiaba la nieve... sí: Wagner.
EL JUEZ. En su escrito de acusación no dice una palabra de eso, mi querido Spitz.
EL FISCAL. Claro que no. La Fiscalía sólo supo que hombres de la SA habían agredido a Arndt. Y usted procedió como debía. Pero si el testigo von Miehl, por ejemplo, declara en el juicio que Arndt no estaba siquiera en la calle en el momento del incidente, y en cambio el desempleado, vaya, cómo se llama, sí, Wagner injurió en voz alta a los de la SA, habrá que tomarlo en consideración.
EL JUEZ, *cayendo de las nubes:* ¿Eso declarará von Miehl? Pero si es el propietario de la casa y quiere echar de ella a Arndt... No declarará a su favor.
EL FISCAL. ¿Qué tiene ahora contra von Miehl? ¿Por qué no va a decir la verdad bajo juramento? Quizá no sepa usted que von Miehl, además de ser

miembro de las SA, tiene buenas relaciones en el Ministerio de Justicia. Le aconsejaría que lo considerase un hombre decente, mi querido Goll.
EL JUEZ. Es lo que hago. En definitiva, hoy no se puede considerar indecente a quien se niega a tener en su casa un negocio judío.
EL FISCAL, *generoso:* Mientras el hombre pague su alquiler...
EL JUEZ, *diplomáticamente:* Al parecer, ya lo denunció otra vez por otro asunto...
EL FISCAL. Ah, lo sabía usted. Pero ¿quién le dice que con ello quería desalojarlo? Tanto más cuanto que la denuncia fue hoy retirada... Eso haría pensar más bien en un buen acuerdo, ¿no? Mi querido Goll, no sea ingenuo.
EL JUEZ, *ahora realmente furioso:* Mi querido Spitz, las cosas no son tan sencillas. El propio socio, del que pensaba que lo protegería, va a acusarlo, y el propietario de la casa, que lo acusó, va a protegerlo. Eso no se entiende.
EL FISCAL. ¿Para qué nos pagan nuestro sueldo?
EL JUEZ. Es un asunto espantosamente complicado. ¿Quiere un puro?

El fiscal coge un puro, y fuman en silencio. Luego, el juez empieza a reflexionar, sombrío.

Si ante el tribunal se demuestra que no hubo provocación, que Arndt no provocó, podrá presentar enseguida una demanda por daños y perjuicios contra la SA.
EL FISCAL. En primer lugar, no podría demandar a la SA sino, todo lo más, a Häberle, Schünt y Gaunitzer, que no tienen nada, si es que no quiere demandar a ese desocupado, cómo se llama... eso es, Wagner. *Con énfasis:* En segundo lugar, se lo pensaría un poco antes de presentar una demanda contra miembros de la SA.
EL JUEZ. ¿Dónde está ahora?
EL FISCAL. En el hospital.
EL JUEZ. ¿Y Wagner?
EL FISCAL. En un campo de concentración.
EL JUEZ, *tranquilizándose un tanto:* Bueno, en vista de las circunstancias, Arndt, realmente, no tendrá mucho interés en demandar a la SA. Y Wagner tampoco querrá insistir mucho en su inocencia. Pero la Sección no se quedará nada contenta si el judío es absuelto.
EL FISCAL. La SA demostrará ante el tribunal que fue provocada. Si lo fue por el judío o por el marxista les dará igual.

EL JUEZ, *dudando aún:* No del todo. Al fin y al cabo, en el altercado entre el desempleado Wagner y la SA se causaron daños a la joyería. Alguna responsabilidad tendrá la Sección.
EL FISCAL. Bueno, no se puede tener todo. No podrá usted ser justo con todo el mundo. Y con quién debe serlo se lo dirá su sentimiento patriótico, mi querido Goll. Lo único que puedo asegurarle es que, en los círculos nacionalistas y hablo también de cargos muy altos de las SS, se espera precisamente un poco más de firmeza de la judicatura alemana.
EL JUEZ, *suspirando profundamente:* En cualquier caso, hacer justicia no es hoy tan sencillo, mi querido Spítz. Eso tendrá que reconocerlo.
EL FISCAL. De buena gana. Pero hay una frase magnífica de nuestro Comisario de Justicia a la que puede atenerse: Justicia es lo que aprovecha al pueblo alemán.
EL JUEZ, *sin ningún entusiasmo:* Sí, sí.
EL FISCAL. Sobre todo, no tenga miedo. *Se levanta.* Ahora conoce el trasfondo. No debiera resultarle tan difícil. Hasta luego, mi querido Goll.

Sale. El juez está muy descontento. Se queda un rato junto a la ventana. Luego hojea distraído el expediente. Al terminar hace sonar un timbre. Entra un ujier.

EL JUEZ. Vaya a la sala de testigos a buscar al inspector de policía Tallinger. Hágalo discretamente.

Sale el ujier. Vuelve a entrar el inspector.

Tallinger, con su consejo de considerar el asunto como una provocación de Arndt me hubiera metido en un buen lío. Al parecer, el señor von Miehl está dispuesto a declarar bajo juramento que fue el desocupado Wagner el autor de la provocación y no Arndt.
EL INSPECTOR, *impenetrable:* Sí, eso dicen, señor juez.
EL JUEZ. ¿Qué quiere decir con «eso dicen»?
EL INSPECTOR. Que los insultos los profirió Wagner.
EL JUEZ. ¿Y no es verdad?
EL INSPECTOR, *molesto:* Señor juez, sea verdad o no, no podemos...
EL JUEZ, *con firmeza:* Óigame bien. Está usted en un Palacio de Justicia alemán. ¿Ha confesado Wagner o no?
EL INSPECTOR. Señor juez, yo no estuve en el campo de concentración, si es eso lo que quiere saber. En las actas de la investigación hecha por el

comisario -al parecer, Wagner estaba enfermo de los riñones- se dice que confesó. Sólo que...

EL JUEZ. ¡O sea, que confesó! ¿Qué quiere decir ese «sólo que»?

EL INSPECTOR. Estuvo en la guerra y tiene una bala incrustada en la garganta y como declaró Stau, ya sabe, el socio de Arndt, no puede alzar la voz. Cómo pudo entonces von Miehl, desde el primer piso, oírle gritar insultos no resulta del todo...

EL JUEZ. Bueno, entonces dirán que, para ser un Götz de Berlichingen*, no hace falta mucha voz. Se puede hablar también con simples gestos. Tengo la impresión de que la Fiscalía quiere dejar a la SA una salida así. Mejor dicho, esa salida y nada más.

EL INSPECTOR. Por supuesto, señor juez.

EL JUEZ. ¿Qué dice Arndt?

EL INSPECTOR. Que no estaba allí y que la herida de la cabeza se la produjo al caer por la escalera. No se le puede sacar nada más.

EL JUEZ. Probablemente ese hombre es por completo inocente y pinta lo mismo que Poncio Pilato en el Credo.

EL INSPECTOR, *resignado:* Por supuesto, señor juez.

EL JUEZ. NO diga siempre «por supuesto» como un cascanueces.

EL INSPECTOR. Por supuesto, señor juez.

EL JUEZ. ¿Qué es lo que quiere decir realmente? No me guarde rencor, Tallinger. Tiene que comprender que estoy un poco nervioso. Sé que es usted un hombre honrado y, si me dio un consejo, debió de ser por algo, ¿no?

EL INSPECTOR, *bondadoso como es, hace un esfuerzo:* ¿No ha pensado que el segundo fiscal podía querer sencillamente su puesto, el de usted, y lo engañó por eso? Eso ocurre ahora mucho... Supongamos, señor juez, que usted declara la inocencia del judío. Dice que no provocó lo más mínimo. Que ni siquiera estaba allí. Le hicieron la herida en la nuca por pura casualidad, en una reyerta de otras personas. Entonces, al cabo de algún tiempo vuelve a su tienda. Stau no puede impedírselo. Y su negocio ha sufrido daños por valor de once mil marcos. Sin embargo, son unos daños en los que participa Stau, que no podrá reclamar esos once mil marcos a Arndt. Por consiguiente, Stau, por lo que sé de él, reclamará a la Sección sus joyas. Naturalmente, no lo hará por sí mismo porque, como cómplice de un judío, sirve a los judíos. Pero habrá gente que lo haga por él. Entonces dirán que la SA, por celo patriótico, roba joyas. Lo que la Sección pensará entonces de su sentencia se lo puede imaginar. Y el hombre de la calle tampoco lo

entenderá. Porque ¿cómo es posible que, en el Tercer Reich, un judío tenga razón frente a la SA?

Desde hace un rato se oye ruido al fondo. Ahora se hace bastante fuerte.

EL JUEZ. ¿Qué es ese ruido horrible? Un momento, Tallinger. *Llama y entra el ujier.* ¿Qué es ese alboroto, oiga?
EL UJIER. La sala está repleta. Y ahora están tan apretados en los pasillos que no puede pasar ya nadie. Y entre ellos hay algunos de la SA que dicen que tienen que pasar porque tienen orden de presenciar el juicio.

Sale el ujier, porque el juez se ha limitado a mirarlo espantado

EL INSPECTOR, *continuando:* No podrá librarse de esa gente, ¿sabe? Le aconsejo que se ocupe de Arndt y deje en paz a los de la SA.
EL JUEZ, *se sienta destrozado, con la cabeza en la mano. Fatigosamente:* Está bien, Tallinger. Tengo que reflexionar en el asunto.
EL INSPECTOR. Tiene que hacerlo, señor juez.

Sale. El juez se levanta pesadamente y toca a rebato. Entra el ujier.

EL JUEZ. Vaya al señor Fey, magistrado de la Audiencia, y dígale que le ruego que venga un minuto.

Sale el ujier. Entra la criada del juez con una bolsa de desayuno.

LA CRIADA. Un día se va a olvidar usted la cabeza, señor juez. Es horrible. ¿Qué ha vuelto a olvidarse hoy? Piénselo: ¡lo más importante! *Le tiende la bolsa.* ¡La bolsa del desayuno! Luego tendrá que ir a comprar *brezel* calientes aún, y otra vez, como la semana pasada, tendrá dolor de estómago. Es que no se cuida.
EL JUEZ. Está bien, Marie.
LA CRIADA. Por poco no me dejan pasar. Todo el Palacio de Justicia está lleno de hombres de la SA, por ese proceso. Pero hoy les van a dar lo suyo, ¿verdad, señor juez? En la carnicería la gente decía: ¡menos mal que todavía hay Justicia! ¡Dar una paliza así a un comerciante! En esa Sección, la mitad eran antes delincuentes, lo sabe todo el barrio. Si no fuera por los jueces se llevarían hasta las torres de la catedral. Lo hicieron por los anillos; uno, ese Häberle, tiene una novia que hacía la calle hasta hace seis meses.

Y al desempleado Wagner, que tiene una bala en la garganta, lo golpearon mientras limpiaba la nieve, todos lo vieron. Actúan abiertamente y aterrorizan al barrio, y a los que se atreven a decir algo los esperan y, a golpes, los dejan tendidos en el suelo.
EL JUEZ. Está bien, Marie. ¡Ahora váyase!
LA CRIADA. Yo he dicho en la carnicería que el señor juez les daría lo que es bueno, ¿no tenía razón? A las personas decentes las tiene usted de su parte, puede estar seguro, señor juez. Pero no se tome el desayuno demasiado deprisa, que podría hacerle daño. Es tan malo para la salud, y ahora me voy y no lo detengo más, que lo esperan en la vista, y no se ponga nervioso en la vista, es mejor que coma primero, por el par de minutos que necesita para comer no va a pasar nada, y no coma con el estómago revuelto. Porque tiene que cuidarse, la salud es el mayor bien, pero ahora me voy, usted sabe lo que se hace y ya veo que está impaciente por irse a la vista, y yo tengo que ir ahora a los ultramarinos.

Sale la criada. Entra Fey, magistrado de la Audiencia, un señor de edad, amigo del juez.

EL MAGISTRADO. ¿Qué ocurre?
EL JUEZ. Quisiera hablar de una cosa contigo, si tienes un momento. Esta mañana tengo un caso bastante horrible.
EL MAGISTRADO, *sentándose:* Sí, el caso de la SA.
EL JUEZ, *deteniéndose en sus idas y venidas:* ¿Cómo lo sabes?
EL MAGISTRADO. LO comentaba ayer por la tarde. Un caso desagradable.

El juez vuelve a pasear nervioso de un lado a otro.

EL JUEZ. ¿Qué decían?
EL MAGISTRADO. Nadie te envidia. *Curioso:* ¿Qué vas a hacer?
EL JUEZ. Eso es lo que no sé. Pero no pensaba que el caso fuera ya tan conocido
EL MAGISTRADO, *asombrado:* ¿No?
EL JUEZ. Parece que ese socio es un tipo muy peligroso.
EL MAGISTRADO. Eso dicen. Pero ese von Miehl tampoco es un bienhechor de la Humanidad.
EL JUEZ. ¿Se sabe algo de él?
EL MAGISTRADO. LO bastante. Tiene relaciones.

Pausa.

EL JUEZ. ¿De muy alto nivel?
EL MAGISTRADO. De muy alto nivel.

Pausa.

Con cautela: Si dejaras fuera al judío y absuelves a Häberle, Schünt y Gaunitzer por haber sido provocados por el desocupado, que se refugió en la tienda, la SA se daría por contenta, ¿no? En cualquier caso, Arndt no demandará a la SA.
EL JUEZ, *preocupado:* Pero el socio de Arndt sí. Irá a la SA y reclamará sus objetos de valor. Y entonces tendré encima a toda la dirección de la SA, Fey.
EL MAGISTRADO, *después de pensar en ese argumento, que lo ha sorprendido al parecer:* Pero si no dejas fuera al judío, ese von Miehl con toda seguridad te romperá el cuello por lo menos. ¿No sabes que Arndt tiene en el banco pagarés de von Miehl? Necesita a Arndt como el que se está ahogando necesita una brizna de paja.
EL JUEZ, *espantado:* ¡Pagarés!

Llaman a la puerta.

EL .MAGISTRADO. ¡Adelante!

Entra el ujier

EL UJIER. Señor juez, realmente no sé cómo reservar asientos para el señor Fiscal General y el señor presidente de la Audiencia Schönling. Si me lo hubieran dicho a tiempo...
EL MAGISTRADO, *dado que el juez guarda silencio:* Desocupe dos asientos y no nos moleste.
EL JUEZ. ¡Eso es lo que me faltaba!
EL MAGISTRADO. Von Miehl no puede en ningún caso entregar a Arndt y dejar que se hunda. Lo necesita.
EL JUEZ, *hundido:* Para exprimirlo.
EL MAGISTRADO. Yo no he dicho eso, mí querido Goll. Tampoco puedo comprender realmente cómo puedes atribuirme algo así. Quisiera dejar en claro que no he pronunciado ni una sola palabra contra el señor von Miehl. Siento que sea necesario decirlo, Goll.

EL JUEZ, *nervioso:* No puedes tomarte las cosas así, Fey. Cuando tú y yo estamos tan unidos.
EL MAGISTRADO. ¿Qué quieres decir con eso de que «tú y yo estamos tan unidos»? No puedo inmiscuirme en tus asuntos. Si quieres ponerte de parte de la policía criminal o de la SA, tendrás que hacerlo solo. Al fin y al cabo, es hoy cada uno el mejor consejero de sí mismo.
EL JUEZ. YO también soy mi mejor consejero. Lo que pasa es que no sé qué consejo darme.

Está de pie junto a la puerta, escuchando el alboroto de fuera.

EL MAGISTRADO. Mala cosa.
EL JUEZ, *agotado:* Yo estoy dispuesto a todo, Dios Santo, ¡compréndeme! Tú has cambiado mucho. Resolveré esto o aquello, lo que quieran, pero tengo que saber lo que quieren. Si no se puede saber, es que no hay ya Justicia.
EL MAGISTRADO. YO no gritaría que no hay Justicia, Goll.
EL JUEZ. ¿Qué he dicho? No quería decir eso. Sólo quería decir que cuando hay tales contradicciones...
EL MAGISTRADO. En el Tercer Reich no hay contradicciones.
EL JUEZ. No, naturalmente. Yo no he dicho otra cosa. No analices cada palabra.
EL MAGISTRADO. ¿Por qué no? Soy juez.
EL JUEZ, *sudando:* ¡Si hubiera que analizar cada palabra de los jueces, mí querido Fey! Yo estoy dispuesto a examinarlo todo de la forma más cuidadosa y concienzuda, ¡pero tienen que decirme qué resolución convendría a los intereses superiores! Si dejo al judío en su tienda, contrariaré naturalmente al propietario de la casa... no, al socio, ya no sé lo qué me digo... y si la provocación partió del desempleado, entonces el propietario... cómo se llama, von Miehl querrá que... No me pueden mandar a los confines de Pomerania, tengo una hernia y no quiero tener nada que ver con la SA... ¡Al fin y al cabo tengo familia, Fey! ¡A mi mujer le resulta muy fácil decir que, sencillamente, tengo que averiguar lo que realmente ocurrió! Si lo hiciera, lo mejor que me pasaría sería despertarme en un hospital. ¿Hablaré de la agresión? Hablaré de la provocación. Entonces, ¿qué quieren? Es evidente que no condenaré a la SA sino al judío o al desempleado, ¿pero a cuál de los dos condenar? ¿Cómo voy a elegir entre el desempleado y el judío, o sea entre el socio y el propietario? A Pomerania no iré en ningún caso, ni hablar, ¡prefiero un campo de concentración, Fey! ¡No me mires así! ¡No soy el acusado! ¡Estoy dispuesto a lo que sea!

EL MAGISTRADO, *que se ha levantado:* Estar dispuesto no lo es todo, querido amigo.
EL JUEZ. Pues entonces, ¿cómo voy a juzgar?
EL MAGISTRADO. En general, eso se lo dice al juez su conciencia, señor Goll. ¡No lo olvide! Ha sido un honor.
EL JUEZ. Sí, naturalmente. Según su leal saber y entender. Pero en este caso, ¿qué debo elegir? ¿Qué, Fey?

Sale el magistrado. El juez lo sigue con la vista sin decir palabra. Suena el teléfono.

EL JUEZ, *cogiendo el teléfono:* ¿Sí?... ¿Emmi?... ¿Se han excusado de ir adónde? ¿A la bolera?... ¿Quién llamó? ¿El pasante Priesnitz?... ¿Y cómo lo sabe ya?... ¿Qué quiere decir con eso? Tengo que dictar una sentencia.

Cuelga. Entra el ujier. Se oye fuertemente el alboroto de los pasillos.

EL UJIER. Häberle, Schünt y Gaunítzer, señor juez.
EL JUEZ, *buscando sus actas:* Enseguida.
EL UJIER. Senté al señor presidente de la Audiencia en la mesa de la prensa. Se quedó muy satisfecho. Pero el señor Fiscal General se negó a sentarse con los testigos. Quería sentarse en la mesa del tribunal. ¡Y entonces usted hubiera tenido que dirigir el juicio desde el banquillo de los acusados, señor juez! *Se ríe tontamente de su propio chiste.*
EL JUEZ. Eso no lo haré nunca.
EL UJIER. Por aquí, señor juez. Pero, ¿dónde ha puesto la carpeta de la acusación?
EL JUEZ, *totalmente confuso:* Sí, la necesito. Si no, no sabré quién es el acusado, ¿eh? ¿Qué vamos a hacer con el Fiscal General?
EL UJIER. Eso que se lleva ahora es la guía de teléfonos, señor juez. Aquí tiene su cartera.

Se la mete al juez bajo el brazo. El juez sale fuera desconcertado, secándose el sudor.

7

LA ENFERMEDAD PROFESIONAL

Aquí llegan los doctores
del Estado servidores
y se les paga a destajo.
Lo que les manda el verdugo
lo cosen por un mendrugo:
y ése es todo su trabajo.

Berlín, 1934. Sala del Hospital de la Caridad. Han traído a un nuevo enfermo. La monja está escribiendo su nombre en la pizarra situada a su cabecera. Dos enfermos de las camas de al lado hablan.

UN ENFERMO. ¿Quién es ése?
EL OTRO. Lo he visto ya en la sala de curas. Yo esperaba junto a su camilla. Todavía estaba consciente pero no me contestó cuando le pregunté qué le pasaba. Tiene todo el cuerpo hecho una llaga.
EL UNO. Entonces no te hacía falta preguntarle.
EL OTRO. No lo vi hasta que lo curaron.
UNA DE LAS MONJAS. ¡Silencio, el profesor!

Seguido de ayudantes y monjas, entra el cirujano en la sala. Se detiene ante una de las camas y comienza su clase.

EL CIRUJANO. Señores, he aquí un caso muy hermoso que les muestra que, sin preguntas e investigaciones siempre renovadas sobre las causas profundas de la enfermedad, la medicina se convierte en puro curanderismo. El paciente presenta todos los síntomas de una neuralgia y durante mucho tiempo fue tratado en consecuencia. En realidad, sin embargo, padece la enfermedad de Reynaud, que contrajo trabajando como obrero en aparatos de aire comprimido, es decir, una enfermedad profesional, señores. Sólo ahora lo tratamos como corresponde. Por este caso pueden ver lo erróneo que es considerar al paciente sólo como parte integrante del análisis clínico, en lugar de preguntarse de dónde viene el enfermo, dónde ha contraído su enfermedad y adonde volverá cuando haya sido tratado. ¿Qué tres cosas debe saber un buen médico? ¿Primera?
EL PRIMER AYUDANTE. Preguntar.
EL CIRUJANO. ¿Segunda?
EL SEGUNDO AYUDANTE. Preguntar.

EI CIRUJANO. ¿Y tercera?
EL TERCER AYUDANTE. ¡Preguntar, señor profesor!
EL CIRUJANO. ¡Exacto! ¡Preguntar! ¿Y preguntar sobre todo qué?
EL TERCER AYUDANTE. ¡Cuáles son las condiciones sociales, profesor!
EL CIRUJANO. Sobre todo sin temor a investigar la vida privada del paciente, que a menudo, por desgracia, es francamente triste. Cuando un ser humano se ve obligado a ejercer una profesión que a la corta o a la larga lo aniquilará físicamente, de forma que, por decirlo así, muere para no morirse de hambre, no resulta agradable oírlo, y por eso tampoco agrada preguntarlo.

Se dirige con su séquito a la cama del nuevo enfermo.

EL CIRUJANO. ¿Qué le pasa a este hombre?

La superiora le susurra algo al oído.

EL CIRUJANO. Ah.

Lo reconoce superficialmente y de evidente mala gana

EL CIRUJANO, *dando su clase:* Contusiones en la espalda y los muslos. Herida abierta en el abdomen. ¿Algún otro síntoma?
LA SUPERIORA, *leyendo:* Sangre en la orina.
EL CIRUJANO. ¿Diagnóstico al ingreso?
LA SUPERIORA. Desgarramiento del riñón izquierdo.
EL CIRUJANO. Primero habrá que mirarlo por rayos. *Hace gesto de alejarse.*
EL TERCER AYUDANTE, *que anota el historial del enfermo:* ¿Causa de la enfermedad, profesor?
EL CIRUJANO. ¿Qué dice ahí?
LA SUPERIORA. Como causa se indica una caída por las escaleras.
EL CIRUJANO, *dando su clase:* Caída por las escaleras... ¿Por qué tiene atadas las manos?
LA SUPERIORA. El paciente se ha arrancado dos veces las vendas, profesor.
EL CIRUJANO. ¿Por qué?
EL PRIMER ENFERMO, *a media voz:* ¿De dónde viene el paciente y adonde volverá?

Todas las cabezas se vuelven hacia él.

EL CIRUJANO, *carraspeando:* Si el paciente está inquieto, denle morfina. *Se dirige a la cama siguiente.* ¿Qué, nos sentimos mejor? ¿Vamos recuperando fuerzas?

Examina el cuello del paciente.

UNO DE LOS AYUDANTES, *al otro:* Obrero. Viene de Oranienburg.
EL OTRO, *con una mueca:* O sea, otro caso de enfermedad profesional.

8

LOS FÍSICOS

Los físicos y su electrónica
con falsa barba teutónica
y la mirada extraviada.
No quieren física varia
sino una física aria
y debidamente autorizada.

Gotinga, 1935, Instituto de Física. Dos científicos, X e Y. Y acaba de entrar. Tiene aspecto de conspirador.

Y. ¡La tengo!
X. ¿Qué?
Y. La respuesta a las preguntas que hice a Mikowsky en París.
X. ¿Sobre las ondas gravitatorias?
Y. Si.
X. ¿Y qué?
Y. ¿Sabes quién nos ha escrito exactamente lo que necesitábamos?
X. ¿Quién?

Y escribe un nombre en un papel y se lo alarga. Cuando X lo ha leído, Y recupera el papel, lo rompe en pedacitos y lo arroja a la estufa.

Y. Mikowsky le pasó nuestro cuestionario. Ésta es la respuesta.

X, *tendiendo la mano con avidez:* ¡Dámelo! *De pronto se detiene.* Pero si descubren que mantenemos esa correspondencia...
Y. ¡Eso no podemos hacerlo!
X. De otro modo no podremos avanzar. Dame.
Y. No podrás leerla, porque la he escrito con mi propia taquigrafía, es más seguro. Te la leeré yo.
X. ¡Ten cuidado!
Y. ¿Está el Cabeza Gorda en el laboratorio? *Señala hacia la derecha.*
X, *señalando hacia la izquierda:* No, pero está Reinhardt. Siéntate aquí.
Y, *leyendo:* Se trata de dos vectores contravariantes aleatorios, ψ y v_3, y de un vector contravariante t. Con ellos se forman los componentes de un tensor mixto de segundo grado, cuya estructura es, en consecuencia

$$\Sigma^{-lr} = C^{-l}_{kn}$$

X, *que ha estado escribiendo, le hace signo de pronto de que se calle:* ¡Un momento!

Se levanta y se dirige de puntillas hacia la pared de la izquierda. Al parecer no oye nada sospechoso y vuelve. Y sigue leyendo, interrumpiéndose sin embargo de vez en cuando de forma parecida. Comprueban el teléfono, abren rápidamente la puerta, etc.

X. En la materia incoherente, no interactiva por tensiones, T = (μ es el único componente distinto de cero de la densidad de energía tensorial. Como consecuencia, se crea un campo gravitatorio cuya ecuación es, introduciendo el factor de proporcionalidad constante 8 $\pi\chi$:

$$\Delta f = 4\,\pi\chi\mu$$

Eligiendo adecuadamente las coordenadas espaciales, la desviación de c^2dt^2 es muy pequeña...

Se cierra una puerta de golpe en alguna parte y quieren esconder sus notas. Sin embargo, parece innecesario. A partir de ese momento, los dos se

sumergen en el estudio y parecen olvidarse de que lo que están haciendo es peligroso.

Y, *reanudando la lectura:* Por otra parte, las masas mencionadas son muy pequeñas en comparación con la masa en reposo que engendra el campo, y por consiguiente el movimiento de los cuerpos situados en el campo gravitatorio viene dado por una curva geodésica dentro de ese campo gravitatorio estático. Como tal, cumple el principio de variación

$$\delta \int s = 0,$$

permaneciendo fijos los extremos de la curva,
X. ¿Pero qué dice Einstein de,..?

Por el espanto de Y, X se da cuenta del lapsus y se queda también mudo de espanto. Y le arranca de las manos las notas escritas y se guarda todos los papeles.

Y, *muy fuerte,* dirigiéndose a *la pared de la izquierda:* ¡Efectivamente, es un puro sofisma judío! ¿Qué tiene que ver eso con la física?

Aliviados, vuelven a sacar sus notas y siguen trabajando en silencio, con la mayor prudencia.

9

LA MUJER JUDIA

Ahí vienen ¡qué pobres seres!
les quitaron sus mujeres
y las acoplan con arios.
No valen jeremiadas,
son unas degeneradas
y no faltan voluntarios.

Francfort, 1935. Es de noche. Una mujer está haciendo el equipaje. Elige lo que va a llevarse. De cuando en cuando vuelve a sacar algo de la maleta para meter otra cosa. Durante largo rato duda de si llevarse o no una gran fotografía de su marido que está sobre la cómoda. Por fin la deja. Se cansa de hacer el equipaje y se sienta un rato sobre una maleta, con la cabeza entre las manos. Luego se levanta y llama por teléfono.

LA MUJER. Soy Judith Keit. ¿Es usted. Doctor?... Buenas noches. Le llamo sólo para decirle que tendrán que buscarse otra compañera de bridge, me voy de viaje... No por tanto tiempo, pero de todos modos serán unas semanas... Voy a Amsterdam... Sí, dicen que la primavera es muy bonita allí... Tengo amigos... No, en plural, aunque no se lo crea... ¿Cómo se las van a arreglar para el bridge?... La verdad es que hace ya dos semanas que no jugamos... Naturalmente, también Fritz estaba resfriado. Cuando hace tanto frío no se puede jugar al bridge, ya lo dije yo también... Claro que no, Doctor, ¿cómo voy a...?... Thekla tenía a su madre de visita... Lo sé... ¿Por qué iba a pensar algo así?... No, tan repentino no ha sido, es que lo iba aplazando, pero ahora... Sí, tendremos que dejar también lo del cine, muchos saludos a Thekla... ¿Por qué no lo llama algún domingo?... Bueno, ¡hasta la vista!... Sí, claro, con mucho gusto... ¡Adiós!

Cuelga y llama a otro número.

Soy Judith Keith. Quisiera hablar con la señora Schöck... Quería despedirme a toda prisa, me voy de viaje por algún tiempo... No, no me pasa nada, sólo para ver caras
nuevas... Sí, quería decirte que el próximo martes Fritz tendrá al profesor para cenar, quizá podríais venir también; como te digo, yo salgo esta noche... Sí, el martes. No, sólo quería decirte que me marcho esta noche, no tiene nada que ver con eso, pero he pensado que podrías venir también... Bueno, por decirlo así, aunque yo no esté, ¿no?... Ya sé que vosotros no sois así, pero en estos tiempos revueltos todos tenemos que tener cuidado. ¿Entonces vendréis?... ¿Podrá Max? Tiene que poder, dile que el profesor vendrá también... Ahora tengo que colgar. ¡Adiós!

Cuelga y marca otro número.

¿Eres tú, Gertrud? Soy Judith. Perdona que te moleste… Gracias. Quería pedirte que cuidaras de Fritz, yo me voy por unos meses... Creo que tú,

como hermana... ¿Por qué no ibas a querer?... A nadie se lo parecerá, y desde luego no a Fritz... Naturalmente, él sabe que... no nos llevamos tan bien pero... Entonces él te llamará si quieres... Sí, se lo diré... Todo está bastante ordenado, pero el piso es un poco demasiado grande... Lo que hay que hacer en su despacho lo sabe Ida, déjala hacer... Me parece muy inteligente y él está acostumbrado a ella... Y otra cosa, pero, por favor, no lo tomes a mal: a él no le gusta mucho hablar antes de la comida, ¿te acordarás? Yo siempre me contengo... No quiero discutirlo ahora, mi tren sale pronto y todavía no he terminado de hacer el equipaje, ¿sabes?... Echa una ojeada a sus trajes y recuérdale que tiene que ir al sastre, ha encargado un abrigo, y cuida de que su dormitorio esté bien caldeado, siempre duerme con la ventana abierta y hace demasiado frío... No, no creo que tenga que endurecerse, pero ahora tengo que terminar... Te lo agradezco mucho, Gertrud, y nos escribiremos a menudo... Adiós

Cuelga y llama a otro número.

¿Anna? Soy Judith, oye, me voy... No, tengo que hacerlo ya, las cosas se están poniendo demasiado difíciles... ¡Demasiado difíciles!... Sí, no, Fritz no quiere, todavía no sabe nada, sencillamente he hecho las maletas... No creo... No creo que diga nada. Sencillamente, le resulta demasiado difícil, es evidente... De eso no hemos hablado... La verdad es que nunca hablamos de eso, ¡jamás!... No, no es que él haya cambiado, al contrario... Me gustaría que os ocuparais un poco de él, al principio... Sí, sobre todo los domingos, y convencerle para que se mude... El apartamento es demasiado grande para él... Me hubiera gustado despedirme de ti, pero ya sabes, el portero... De manera que adiós, no vayas a la estación, ¡de ningún modo!... Adiós, te escribiré... Seguro.

Cuelga pero no marca otro número. Ha estado fumando. Ahora quema la agenda en la que ha buscado los números de teléfono. Va de un lado a otro por la habitación. Luego empieza a hablar. Ensaya el pequeño discurso que piensa soltara su marido. Se supone que él está sentado en una silla determinada.

Sí, me marcho ahora, Fritz. Tal vez haya esperado demasiado, tienes que disculparme, pero...

Se detiene, reflexiona, y vuelve a comenzar de otro modo.

Fritz, no debes retenerme, no puedes... Es evidente que te hundiría, lo sé, no eres cobarde, no tienes miedo a la policía, pero hay cosas peores. No te llevarán a un campo de concentración, pero mañana o pasado mañana no te dejarán ir a la clínica, y tú no dirás nada pero te pondrás enfermo. No quiero verte sentado aquí, hojeando revistas, y si me voy es puro egoísmo por mi parte, nada más. No digas nada...

Vuelve a interrumpirse. Comienza otra vez desde el principio.

¡No digas que no has cambiado, porque no es verdad! La semana pasada dijiste, de forma totalmente objetiva, que el porcentaje de científicos judíos no es tan alto. Siempre se empieza por la objetividad, y ¿por qué me dices ahora continuamente que nunca he sido tan nacionalista judía como ahora? Claro que lo soy. El nacionalismo se contagia. ¡Ay, Fritz, qué nos ha pasado!

Vuelve a interrumpirse. Comienza otra vez desde el principio.

No te he dicho que quería irme, que me quiero ir desde hace tiempo, porque no puedo hablar cuando te miro, Fritz. Me parece entonces tan inútil hablar... Todo está ya decidido. ¿Qué les ha pasado realmente? ¿Qué quieren realmente? ¿Qué les he hecho? Nunca me he metido en política... ¿Acaso estaba a favor de Thälmann? Soy una de esas mujeres burguesas que tienen criados y, de pronto, resulta que sólo pueden tenerlos las mujeres rubias. En los últimos tiempos he pensado a menudo que hace años me dijiste que había personas que valían y otras que valían menos, y unas tenían derecho a la insulina si padecían diabetes y otras no. ¡Y yo estaba de acuerdo, estúpida! Ahora han hecho una clasificación de ésas, y resulta que pertenezco a las que no valen nada. Me está bien empleado.

Vuelve a interrumpirse. Comienza otra vez desde el principio.

Sí, estoy haciendo las maletas. No finjas que no habías notado nada en estos últimos días. Fritz, yo lo acepto todo, salvo que en la última hora que nos queda no nos miremos a la cara. No deben conseguir eso esos mentirosos que obligan a todos a mentir. Hace diez años, cuando alguien dijo que no se notaba que yo fuera judía, tú dijiste enseguida: claro que se ve. Y eso me alegró. Aquello era evidente. Entonces, ¿por qué andarse con rodeos? Estoy haciendo el equipaje porque, si no, te quitarán el puesto de jefe de sala. Y

porque en la clínica te niegan ya el saludo y porque por las noches no puedes dormir. No quiero que me digas que no me vaya. Y me doy prisa porque no quiero oírte decir que me vaya. Es una cuestión de tiempo. El carácter es una cuestión de tiempo. Sólo dura cierto tiempo, como los guantes. Los hay buenos, que duran mucho. Pero no duran eternamente. Además, no estoy enfadada. Bueno, sí, lo estoy. ¿Por qué tengo que comprenderlo todo? ¿Qué hay de malo en la forma de mi nariz o en el color de mi pelo? Tengo que marcharme de la ciudad donde nací para que no tengan que darme mi mantequilla. ¿Qué clase de hombres sois? ¡Sí, también tú! Inventáis la teoría de los cuantos y la cirugía del pulmón y os dejáis mandar por semisalvajes que os ofrecen conquistar el mundo pero no os dejan tener la mujer que queréis tener. ¡Respiración artificial, y el mejor ruso es el ruso muerto! ¡Sois monstruos o lacayos de monstruos! Sí, por mi parte es poco razonable, pero ¿de qué sirve ser razonable en un mundo así? Tú estás ahí, viendo cómo tu mujer hace el equipaje y no dices nada. ¿Las paredes oyen, no? Pero vosotros no decís nada. Unos escuchan, otros guardan silencio. Maldita sea. Yo también debería guardar silencio. Si te quisiera, guardaría silencio. Y te quiero realmente. Dame esa ropa de ahí. Es una ropa interior muy seductora. La necesitaré. Tengo treinta y seis años, no son muchos, pero no puedo permitirme experimentar. En mi próximo país, las cosas tendrán que ser diferentes. El próximo hombre que tenga, tendrá derecho a conservarme. Y no me digas que me mandarás dinero, porque sabes que no puedes hacerlo. Y tampoco tienes que hacer como si sólo se tratase de cuatro semanas. Esto no durará sólo cuatro semanas. Tú lo sabes y yo también. Entonces no digas: al fin y al cabo son sólo unas semanas, mientras me das el abrigo de piel que no necesitaré hasta el invierno. Y no digamos que es una desgracia. Digamos que es una vergüenza. ¡Ay Fritz!

Se interrumpe. Se oye una puerta. La mujer se arregla apresuradamente. Entra su marido.

EL MARIDO. ¿Qué haces? ¿Ordenando cosas?
LA MUJER. No.
EL MARIDO. ¿Por qué estás haciendo el equipaje?
LA MUJER. Me voy.
EL MARIDO. ¿Qué quieres decir?
LA MUJER. Ya hemos hablado alguna vez de irme por algún tiempo. Aquí no van muy bien las cosas.
EL MARIDO. Eso es absurdo.

LA MUJER. Entonces, ¿me quedo?
EL MARIDO. ¿Adónde quieres ir?
LA MUJER. A Amsterdam. Fuera de aquí.
EL MARIDO. Pero si allí no conoces a nadie.
LA MUJER. No.
EL MARIDO. ¿Por qué quieres marcharte? Por mí, desde luego, no lo hagas.
LA MUJER. No.
EL MARIDO. Tú sabes que yo no he cambiado, ¿verdad, Judith?
LA MUJER. Sí.

Él la abraza. Permanecen mudos, de pie, en medio de las maletas.

EL MARIDO. ¿Y no hay otra razón para que quieras marcharte?
LA MUJER. Ya sabes que no.
EL MARIDO. Quizá no sea ninguna tontería. Necesitas respirar un poco. Aquí se ahoga uno. Iré a buscarte. Cuando lleve sólo dos días al otro lado de la frontera me sentiré mejor.
LA MUJER. Es lo que deberías hacer.
EL MARIDO. Esto no durará ya mucho. De alguna parte vendrá el cambio. Todo parece otra vez una infección... Es realmente una desgracia.
LA MUJER. Desde luego. ¿Has visto a Schöck?
EL MARIDO. Sí, bueno, sólo en la escalera. Creo que ya lamenta habernos hecho el vacío. Estaba francamente abochornado. A la larga, no podrán reprimir tan completamente a los que somos animales intelectuales. Tampoco podrán hacer la guerra con seres sin columna vertebral. La gente no es ya tan esquiva cuando se la encuentra uno de cara. ¿Cuándo quieres salir?
LA MUJER. A las nueve y cuarto.
EL MARIDO. ¿Y adonde quieres que te mande el dinero?
LA MUJER. Quizá a lista de correos, en Amsterdam.
EL MARIDO. Haré que me den una autorización especial. Diablos, ¡no puedo dejar que mi mujer se vaya al extranjero con diez marcos al mes! Maldita sea. Me siento horriblemente.
LA MUJER. Venir a buscarme te sentará bien.
EL MARIDO. Y poder leer algún periódico que diga algo.
LA MUJER. He llamado a Gertrud. Cuidará de ti.
EL MARIDO. Es totalmente innecesario. Unas semanas...
LA MUJER, *que ha vuelto a empezar a hacer el equipaje:* ¿Quieres darme ese abrigo de piel?
EL MARIDO, *dándoselo:* Al fin y al cabo, sólo serán unas semanas.

10

EL CHIVATO

Ahí llegan ya los maestros
que deben mostrarse diestros
marcando muy bien el paso
Cada alumno es un chivato
que viene a pasar el rato
pero le hacen mucho caso.

Y luego ese niño tierno
salido del mismo infierno
lleva al esbirro a su hogar.
Señala al progenitor
diciendo que es un traidor
y a la cárcel va a parar.

Colonia, 1935. Una tarde de domingo lluviosa. El marido, la mujer y el niño, después de comer. Entra la muchacha.

LA CRIADA. El señor y la señora Klimbtsch preguntan si los señores están en casa.
EL MARIDO, *ásperamente:* No.

Sale la muchacha.

LA MUJER. Hubieras debido ponerte al teléfono. Saben que no es posible que hayamos salido.
EL MARIDO. ¿Por qué no es posible que hayamos salido?
LA MUJER. Porque está lloviendo.
EL MARIDO. Eso no es una razón.
LA MUJER. ¿Adónde íbamos a ir? Es lo primero que se preguntarán.
EL MARIDO. Hay muchísimos sitios.
LA MUJER. Entonces, ¿por qué no salimos?
EL MARIDO. ¿Adónde vamos a ir?

LA MUJER. Si por lo menos no lloviera...
EL MARIDO. ¿Y adonde iríamos si no lloviera?
LA MUJER. Antes, por lo menos, se podía visitar a alguien.

Pausa.

Ha sido un error que no hayas cogido el teléfono. Ahora sabrán que no queremos recibirlos.
EL MARIDO. ¿Y qué si lo saben?
LA MUJER. Resulta desagradable hacerles el vacío ahora cuando precisamente todo el mundo les hace el vacío.
EL MARIDO. No les estamos haciendo el vacío.
LA MUJER. Entonces, ¿por qué no quieres que vengan?
EL MARIDO. Porque ese Klimbtsch me aburre a muerte.
LA MUJER. Antes no te aburría.
EL MARIDO. ¡Antes! ¡Me pones nervioso con esos «antes»!
LA MUJER. En cualquier caso, antes no habrías cortado con él porque la inspección de enseñanza le hubiera instruido un expediente.
EL MARIDO. ¿Quieres decir que soy un cobarde?

Pausa.

Entonces llámalos y diles que acabamos de volver por la lluvia.

La mujer sigue sentada.

LA MUJER. ¿Les decimos a los Lemke si quieren venir?
EL MARIDO. ¿Para que vuelvan a decirnos que no nos preocupamos lo suficiente de la defensa antiaérea?
LA MUJER, *al niño:* ¡Klaus-Heinrich, deja en paz la radio!

El niño se pone a leer periódicos.

EL MARIDO. Es una calamidad que hoy llueva. Pero no se puede vivir en un país en que es una calamidad que llueva.
LA MUJER. ¿Te parece sensato decir cosas así?
EL MARIDO. Entre estas cuatro paredes puedo decir lo que me parezca. No permitiré que en mi propia casa me impidan...

Se interrumpe. Entra la muchacha con el servicio de café. Guardan silencio mientras ella está allí.

EL MARIDO. ¿Por qué tenemos que tener una criada cuyo padre es el vigilante de la manzana?
LA MUJER. Creo que de eso hemos hablado ya bastante. Lo último que dijiste fue que tenía sus ventajas.
EL MARIDO. ¡Cuántas cosas he dicho! Dile algo así a tu madre y ya verás el lío en que nos metemos.
LA MUJER. Lo que yo le diga a mi madre...

Entra la criada con el café.

Déjelo, Erna. Puede irse que ya me encargo yo.
LA CRIADA. Gracias, señora. *Sale.*
EL NIÑO, *señalando el periódico:* ¿Todos los curas hacen eso, papá?
EL MARIDO. ¿El qué?
EL NIÑO. Lo que dice aquí.
EL MARIDO. ¿Pero qué estás leyendo? *Le quita el periódico de las manos.*
EL NIÑO. Nuestro jefe de grupo dice que lo que dice ese diario lo podemos saber todos.
EL MARIDO. No me importa lo que diga tu jefe de grupo. Lo que puedes leer y lo que no puedes lo decido yo.
LA MUJER. Toma diez pfennig, Klaus-Heinrich, sal y cómprate algo.
EL NIÑO. Pero si está lloviendo. *Se aprieta contra la ventana indeciso.*
EL MARIDO. Si no dejan esas noticias sobre los procesos a los eclesiásticos, dejaré de comprar ese diario.
LA MUJER. ¿Y a cuál quieres suscribirte? Lo publican todos.
EL MARIDO. Si todos los diarios publican semejantes porquerías, no leeré ninguno. No estaré menos enterado de lo que pasa en el mundo.
LA MUJER. No es malo que hagan un poco de limpieza.
EL MARIDO. ¡Limpieza! No es más que política.
LA MUJER. En cualquier caso, no nos afecta, no somos evangelistas.
EL MARIDO. Pero a la gente no le da igual no poder entrar ya en una iglesia sin recordar esos horrores.
LA MUJER. ¿Qué pueden hacer si esas cosas ocurren?
EL MARIDO. ¿Qué pueden hacer? Podrían barrer alguna vez su propia casa. Según dicen, en la Casa Parda no todo está tan limpio.
LA MUJER. ¡Eso sólo prueba que nuestro pueblo se está saneando, Karl!

EL MARIDO. ¡Saneando! ¡Bonita forma de sanear! Si eso es la salud, prefiero la enfermedad.
LA MUJER. Hoy estás muy nervioso. ¿Ha pasado algo en el colegio?
EL MARIDO. ¿Qué quieres que pase en el colegio? Y haz el favor de no decirme todo el tiempo que estoy muy nervioso, porque es eso lo que me pone nervioso.
LA MUJER. No deberíamos discutir todo el tiempo, Karl. Antes...
EL MARIDO. Eso es lo que me faltaba. ¡Antes! Ni quería antes ni quiero ahora que envenenen la imaginación de mi hijo.
LA MUJER. Por cierto, ¿dónde está?
EL MARIDO. ¿Cómo quieres que lo sepa?
LA MUJER. ¿Lo has visto salir?
EL MARIDO. NO.
LA MUJER. No comprendo a donde puede haber ido. *Llama:* ¡Klaus-Heinrich!

Sale de la habitación. Se la oye llamar Vuelve.

¡Realmente se ha ido!
EL MARIDO. ¿Por qué no iba a salir?
LA MUJER. ¡Pero si está lloviendo a mares!
EL MARIDO. ¿Por qué te pone tan nerviosa que el chico haya salido?
LA MUJER. ¿De qué estábamos hablando?
EL MARIDO. ¿Qué tiene que ver eso?
LA MUJER. Últimamente pierdes con facilidad los estribos.
EL MARIDO. Últimamente no pierdo con facilidad los estribos, pero aunque los perdiera, ¿qué tiene que ver eso con que el chico haya salido?
LA MUJER. Ya sabes que los niños escuchan.
EL MARIDO. ¿Y qué?
LA MUJER. ¿Y qué? ¿Y si lo cuenta por ahí? Ya sabes cómo los convencen en las Juventudes Hitlerianas. Los animan claramente a comunicarlo todo. Es raro que se haya ido sin decir nada.
EL MARIDO. Qué tontería.
LA MUJER. ¿NO viste cuándo salió?
EL MARIDO. Estuvo un buen rato pegado a la ventana.
LA MUJER. Me gustaría saber qué fue lo que oyó.
EL MARIDO. Él sabe muy bien qué pasa si se denuncia a alguien.
LA MUJER. ¿Y el chico de que hablaron los Schmulke? Al parecer, su padre está aún en un campo de concentración. Si por lo menos supiéramos cuánto hace que salió.

Va al otro cuarto y llama al niño.

No puedo imaginarme que, sin decir una palabra, se haya ido. No es propio de él.
EL MARIDO. ¿Tal vez haya ido a casa de algún amigo del colegio?
LA MUJER. Entonces sólo puede estar en casa de los Mummermann. Lo llamaré.

Llama por teléfono.

EL MARIDO. Creo que todo es una falsa alarma.
LA MUJER, *en el teléfono:* Soy la señora de Furcke, el profesor. Buenos días, señora Mummermann. ¿Está Klaus-Heinrich en su casa?... ¿No?... No puedo imaginarme dónde se habrá metido... Dígame, señora Mummermann, ¿está abierto el local de las Juventudes el domingo por la tarde?... ¿Sí?... Muchas gracias, preguntaré allí.

Cuelga. Los dos se quedan sentados en silencio.

EL MARIDO. ¿Qué puede haber oído?
LA MUJER. Hablaste del diario. Eso de la Casa Parda no hubieras debido decirlo. El es tan nacionalista.
EL MARIDO. ¿Qué he dicho de la Casa Parda?
LA MUJER. ¡Tienes que acordarte! Que no estaba todo limpio allí.
EL MARIDO. Eso no se puede interpretar como un ataque. No estar todo limpio o, como yo dije más suavemente, no todo tan limpio, lo que es una diferencia y muy considerable, es más bien un comentario jocoso y populachero, por decirlo así en lenguaje familiar; sólo quiere decir que allí, probablemente, no siempre y en todos los casos las cosas son como querría el Führer. Ese carácter de pura probabilidad lo expresé además con toda intención al decir, como recuerdo claramente, «según dicen» no está todo tan limpio, utilizando «tan» para quitar fuerza a la frase. ¡«Según dicen»! No «según digo yo». No puedo decir que hay algo allí que no esté limpio, porque no tengo motivo alguno para decirlo. Las imperfecciones son humanas. No he sugerido otra cosa e incluso lo he hecho en forma muy suave. Además, el propio Führer formuló una crítica en cierta ocasión en ese sentido, una crítica muchísimo más dura.
LA MUJER. No te entiendo. Conmigo no tienes por qué hablar así.

EL MARIDO. ¡Me gustaría no tener que hacerlo! Pero no estoy muy seguro de lo que tú misma parlotees sobre lo que se dice entre estas cuatro paredes, quizá en un momento de excitación. Entiéndeme bien, estoy muy lejos de acusarte de divulgar con ligereza cosas contra tu marido, lo mismo que no supongo ni por un momento que el chico pueda hacer algo contra su propio padre. Pero desgraciadamente hay una diferencia enorme entre causar un daño y saber que se causa.

LA MUJER. ¡Ya está bien! ¡Ten cuidado con lo que dices! Llevo todo el tiempo rompiéndome la cabeza para recordar si dijiste eso de que en la Alemania de Hitler no se puede vivir antes o después de lo de la Casa Parda.

EL MARIDO. Eso no lo he dicho nunca.

LA MUJER. ¡Te comportas como si yo fuera la policía! Lo único que hago es devanarme los sesos para saber lo que el chico puede haber oído.

EL MARIDO. La frase «Alemania de Hitler» no forma parte de mi vocabulario.

LA MUJER. ¿Y lo que dijiste del vigilante de la manzana, y de que los periódicos no cuentan más que mentiras, y lo que has dicho ahora mismo sobre la defensa pasiva? ¡El chico no oye nada de positivo! Y eso no es bueno para una mente infantil, que puede quedar desmoralizada cuando el Führer subraya siempre que la juventud de Alemania es su futuro. La verdad es que el chico no es capaz de ir por ahí denunciando a nadie. Ay, me siento mal.

EL MARIDO. Rencoroso sí que es.

LA MUJER. ¿Y de qué tendría que vengarse?

EL MARIDO. Quién diablos sabe, siempre hay alguna cosa. Quizá porque le quité la rana.

LA MUJER. ¿Por qué se la quitaste?

EL MARIDO. Porque ya no le cazaba moscas. La estaba dejando morir de hambre.

LA MUJER. La verdad es que tiene muchas cosas que hacer.

EL MARIDO. De eso no tiene culpa la rana.

LA MUJER. Pero no ha vuelto a hablar de eso, y yo acababa de darle diez pfennig. Tiene todo lo que quiere.

EL MARIDO. Sí, pero eso es un soborno.

LA MUJER. ¿Qué quieres decir?

EL MARIDO. ¡Todo! ¡Que ya no hay límites! ¡Santo Dios! ¡Y uno tiene que ser maestro! ¡Educar a la juventud! ¡Me da miedo!

LA MUJER. Un niño no es testigo de fiar. Un niño no sabe lo que dice.

EL MARIDO. Eso dices tú. Pero ¿desde cuándo necesitan testigos para nada?

LA MUJER. ¿No podríamos pensar en qué querías decir tú con tus comentarios? Quiero decir que el chico te habría entendido mal.
EL MARIDO. ¿Qué puedo haber dicho? Ni siquiera me acuerdo. La culpa de todo la tiene esta maldita lluvia. Le pone a uno de mal humor. Al fin y al cabo, yo sería el último en decir algo contra el impulso espiritual que hoy anima al pueblo alemán. Ya a finales de 1932 lo predije todo.
LA MUJER. Karl, no tenemos tiempo de hablar de eso ahora. Tenemos que ponernos de acuerdo en todos los detalles, y enseguida. No podemos perder ni un minuto.
EL MARIDO. NO puedo creerlo de Klaus-Heinrich.
LA MUJER. Bueno, primero lo de la Casa Parda y las porquerías.
EL MARIDO. Yo no he dicho nada de porquerías.
LA MUJER. Dijiste que el periódico no decía más que porquerías y que ibas a dejar de comprarlo.
EL MARIDO. ¡El periódico sí, pero no la Casa Parda!
LA MUJER. ¿No puedes haber dicho que desapruebas las porquerías que pasan en las iglesias? ¿Y que consideras muy posible que esas personas que hoy están ante los tribunales hayan sido las que han difundido infamias sobre la Casa Parda, diciendo que no todo estaba en ella tan limpio? ¿Y que más les hubiera valido barrer su propia casa? Y al chico le dijiste que dejara la radio y leyera el periódico, porque tú eres partidario de que la juventud del Tercer Reich mire con los ojos muy abiertos lo que ocurre a su alrededor.
EL MARIDO. Todo eso no sirve de nada.
LA MUJER. ¡Karl, no debes bajar la cabeza! Debes ser fuerte, como el Führer dice siempre...
EL MARIDO. No puedo presentarme ante el tribunal y ver que en el estrado de los testigos hay alguien de mi propia sangre testificando contra mí.
LA MUJER. No tienes que tomártelo así.
EL MARIDO. Ha sido una gran ligereza tratar con los Klimbtsch.
LA MUJER. A él no le ha pasado nada.
EL MARIDO. Sí, pero la investigación sigue adelante.
LA MUJER. Si todos los que han sufrido alguna vez una investigación se desesperaran...
EL MARIDO. ¿Crees que el vigilante de la manzana tiene algo contra nosotros?
LA MUJER. ¿Quieres decir, por si le preguntan? Por su cumpleaños recibió una caja de puros y en Año Nuevo le dimos un buen aguinaldo.
EL MARIDO. ¡Los Gauff de al lado le dieron quince marcos!
LA MUJER. Pero en el 32 leían todavía *Vorwärts* y en mayo del 33 pusieron la bandera negra, blanca y roja.

Suena el teléfono.

EL MARIDO. ¡El teléfono!
LA MUJER. ¿Lo cojo?
EL MARIDO. No Sé.
LA MUJER. ¿Quién puede ser?
EL MARIDO. Espera un poco. Si llaman otra vez, lo coges.

Esperan. El teléfono no suena más.

EL MARIDO. ¡Esto no es vida!
LA MUJER. ¡Karl!
EL MARIDO. ¡Me has dado por hijo a un judas! Se sienta ahí a la mesa y, mientras se come la sopa que le damos, escucha y toma nota de todo lo que dicen sus progenitores, ¡el muy chivato!
LA MUJER. ¡No debes decir eso!

Pausa.

¿Crees que deberíamos hacer algunos preparativos?
EL MARIDO. ¿TÚ crees que vendrán enseguida?
LA MUJER. ¡ES posible!
EL MARIDO. Tal vez debería ponerme la Cruz de Hierro...
LA MUJER. ¡Desde luego, Karl!

El va a buscar la cruz y se la pone con mano temblorosa.

Pero en el colegio no tienen nada contra ti, ¿verdad?
EL MARIDO. ¿Cómo puedo saberlo? Yo estoy dispuesto a enseñar todo lo que quieran que enseñe, pero ¿qué quieren que enseñe? ¡Si lo supiera! ¡Qué sé yo cómo quieren que haya sido Bismarck! Tardan tanto en sacar los nuevos libros de texto... ¿No podrías darle a la muchacha diez marcos más? Está siempre escuchando también.
LA MUJER, *asintiendo:* ¿Ponemos sobre tu escritorio el retrato de Hitler? Estará mejor.
EL MARIDO. Sí, hazlo.

La mujer se dispone a cambiar el cuadro.

Pero si el chico les dice que lo hemos cambiado de sitio, eso indicaría que tenemos conciencia culpable.

La mujer vuelve a colgar el cuadro en su antiguo lugar.

¿No es eso la puerta?
LA MUJER. No he oído nada.
EL MARIDO. ¡YO SÍ!
LA MUJER. ¡Karl!

Lo abraza.

EL MARIDO. No pierdas la cabeza. Prepárame alguna muda.

Se oye abrirse la puerta de la casa. El marido y la mujer, el uno junto al otro, están paralizados en un rincón del cuarto. Se abre la puerta y entra el niño, con una bolsa en la mano... Pausa.

EL NIÑO. ¿Qué os pasa?
LA MUJER. ¿Dónde has estado?

El niño señala la bolsa con los bombones.

LA MUJER. ¿Sólo has ido a comprarte chocolate?
EL NIÑO. Claro. ¿Qué otra cosa podía hacer?

Atraviesa la habitación masticando. Los padres lo siguen con mirada inquisitiva.

EL MARIDO. ¿Crees que dice la verdad?

La madre se encoge de hombros.

11

LOS ZAPATOS NEGROS

Llegan huérfanos y viudas
que también tienen sus dudas
de lo que les prometieron.
Hay que pagar más impuestos
la carne sube en los puestos...
Las promesas incumplieron.

Bitterfeld, 1935. La cocina de una casa obrera. La madre está mondando patatas. Su hija de trece años está haciendo sus deberes.

LA HIJA. Madre, ¿me darás los dos pfennig?
LA MADRE, ¿Para las Juventudes Hitlerianas?
LA HIJA. Sí.
LA MADRE. NO me sobra el dinero.
LA HIJA. ES que si no llevo los dos pfennig todas las semanas no podré ir este verano al campo. Y la maestra ha dicho que Hitler quiere que la ciudad y el campo se conozcan. Los habitantes de la ciudad deben acercarse a los campesinos. Pero para eso tengo que llevar los dos pfennig.
LA MADRE. Ya pensaré en cómo dártelos.
LA HIJA. Eso está muy bien, madre. Te ayudaré a pelar las patatas. En el campo se está bien, ¿verdad? Allí se come como es debido. La maestra dijo en la clase de gimnasia que tengo la tripa hinchada por las patatas.
LA MADRE. No tienes ninguna tripa.
LA HIJA. No, ahora no. Pero el año pasado la tenía. Aunque no mucha.
LA MADRE. Quizá pueda conseguir un poco de asaduras.
LA HIJA. A mí me dan un panecillo en el colegio. Pero a ti no. Berta dijo que cuando estuvo en el campo le daban también grasa de ganso para el pan. Y a veces carne. Eso está bien, ¿no?
LA MADRE. Muy bien.
LA HIJA. Y además el aire era muy puro.
LA MADRE. ¿Pero también tendría que trabajar?
LA HIJA. Claro. Pero había mucho de comer. Aunque el campesino era un poco descarado con ella, según dijo.
LA MADRE. ¿Por qué?
LA HIJA. Bueno, por nada. Que no la dejaba en paz.
LA MADRE. Vaya.
LA HIJA. Pero Berta era mayor que yo. Un año mayor.
LA MADRE. Haz tus deberes.

LA HIJA. No tendré que ponerme los zapatos negros viejos de la beneficencia, ¿verdad?
LA MADRE. NO tendrás que hacerlo. Tienes el otro par.
LA HIJA. Lo decía porque ahora tienen un agujero.
LA MADRE. ¡Pero si llueve mucho!
LA HIJA. Les pongo papel por dentro y aguantan.
LA MADRE. No, no aguantan nada. Si están gastados, habrá que ponerles suelas,
LA HIJA. ES tan caro.
LA MADRE. ¿Qué tienes contra los zapatos de la beneficencia?
LA HIJA. NO los puedo ver.
LA MADRE. ¿Porque son demasiado grandes?
LA HIJA. ¡Ya ves como a ti tampoco te gustan!
LA MADRE. ES que son ya antiguos.
LA HIJA. ¿Tendré que ponérmelos?
LA MADRE. Si no los puedes ver, no te los pongas.
LA HIJA. Pero no soy presumida, ¿verdad?
LA MADRE. NO. ES sólo que estás creciendo.

Pausa, luego:

LA HIJA. ¿Y me darás los dos pfennig, mamá? Quiero ir al campo.
LA MADRE, *lentamente:* No tengo dinero para eso.

12

SERVICIO DE TRABAJO VOLUNTARIO

Defensores de la igualdad social
los fuerzan al trabajo sin jornal
por unas botas y un pan diario.
Los pobres ven, la estación entera,
ricos trabajando a su manera...
Pero les gustaría un salario.

Páramos de Lüneburg, 1935. Una columna trabaja. Un obrero joven y un estudiante manejan la pala.

EL ESTUDIANTE. ¿Por qué han metido en chirona al pequeñito y gordito de la tercera columna?
EL JOVEN OBRERO, *con una mueca:* El jefe de grupo dijo que estamos aprendiendo qué es trabajar y el dijo a media voz que le gustaría aprender también qué es cobrar una paga. Se lo tomaron a mal.
EL ESTUDIANTE. ¿Por qué dijo eso?
EL JOVEN OBRERO. Probablemente porque ya sabe qué es trabajar. A los catorce años estaba en la mina.
EL ESTUDIANTE. Cuidado, ahí viene el gordo.
EL JOVEN OBRERO. Si echa una ojeada, no podre limitarme a abrir un palmo de tierra.
EL ESTUDIANTE. Más no podré palear.
EL JOVEN OBRERO. Si me descubre, se armará.
EL ESTUDIANTE. Entonces no echaré más cigarrillos.
EL JOVEN OBRERO. ¡Me descubrirá!
EL ESTUDIANTE. Tú quieres tus vacaciones. ¿Crees que te voy
a pagar si no arriesgas eso siquiera?
EL JOVEN OBRERO. Lo que tú me pagas me lo he ganado hace tiempo.
EL ESTUDIANTE. Es que no te pagaré nada.
EL JEFE DE GRUPO, *acercándose y mirando:* Bueno, señor doctor, ¿ahora sabes qué es trabajar, no?
EL ESTUDIANTE. Sí, jefe.

El joven trabajador cava sólo un palmo de tierra. El estudiante finge sacar la tierra con todas sus fuerzas.

EL JEFE DE GRUPO. Eso se lo debes al Führer.
EL ESTUDIANTE. Sí, jefe.
EL JEFE DE GRUPO. Muy bien: hombro con hombro y nada de diferencias sociales. No importa lo que pueda ser papá. Seguid. *Sale.*
EL ESTUDIANTE. Eso no era un palmo.
EL JOVEN OBRERO. Sí que lo era.
EL ESTUDIANTE. Hoy nada de cigarrillos. Y será mejor que pienses que hay muchos como tú que quieran cigarrillos.
EL JOVEN OBRERO, *despacio:* Sí, hay muchos como yo. A veces nos olvidamos.

13

LA HORA DEL OBRERO

Ahí llegan los de la propaganda
y aunque nadie, nunca, se desmanda
sacan el micrófono enseguida.

Ellos no confían en tus bazas
e interponen siempre sus manazas
como si se jugaran la vida.

Leipzig, 1934. Oficina del director de una fábrica. Un locutor con un micrófono habla con un obrero de mediana edad, un viejo obrero y una obrera. Al fondo, un señor de la Dirección y un hombre rechoncho en uniforme de la SA.

EL LOCUTOR. Nos encontramos en medio de poleas y correas, rodeados de camaradas que trabajan laboriosa e incansablemente, contribuyendo a que nuestra querida patria tenga todo lo que necesita. Esta mañana estamos en las Hilanderías Fuchs S.A. Y aunque el trabajo sea duro y ponga en juego cada músculo, no vemos a nuestro alrededor más que rostros alegres y contentos. Pero vamos a dejar hablar a nuestros camaradas. *Al viejo obrero:* Usted lleva veintiún años en la empresa, señor...
EL VIEJO OBRERO. Sedelmaier.
EL LOCUTOR. Señor Sedelmaier. Bueno, señor Sedelmaier, ¿a qué se debe que hoy no veamos más que rostros satisfechos y contentos?
EL VIEJO OBRERO, *después de reflexionar:* Es que siempre están haciendo chistes.
EL LOCUTOR. Ah. Y con bromas alegres el trabajo resulta fácil, ¿no? Quiere decir que el Nacionalsocialismo no conoce ese pesimismo hostil a la vida. Pero antes no era así ¿verdad?
EL VIEJO OBRERO. Eso, eso.
EL LOCUTOR. Quiere decir que en aquella época los obreros no tenían muchos motivos de risa. Entonces se decían: ¿para quién trabajamos?
EL VIEJO OBRERO. Bueno, también los hay que se lo preguntan ahora.

EL LOCUTOR. ¿Cómo dice? Ah sí, se refiere a los protestones que siempre hay, aunque sean cada vez menos, porque comprenden que todo es inútil y que el Tercer Reich progresa porque otra vez hay una mano firme. Eso quería decir también usted *-a la obrera-,* señorita...

LA OBRERA. Schmidt.

EL LOCUTOR. Señorita Schmidt. ¿En cuál de nuestras grandes prensas de acero trabaja usted?

LA OBRERA, *de memoria:* Y también está el ocuparse de decorar el taller, que nos gusta mucho. El retrato del Führer es de una colecta voluntaria, y estamos muy orgullosos de él. Lo mismo que las macetas de geranios, que ponen una nota de color en el gris del taller, una iniciativa de la señorita Kinze.

EL LOCUTOR. ¿De modo que decoran los talleres con flores, esas encantadoras criaturas del campo? Y, por lo demás, debe de haber toda clase de cambios en la fábrica desde que ha cambiado el rostro de Alemania...

EL SEÑOR DE LA DIRECCIÓN, *apuntándole:* Lavabos.

LA OBRERA. Los lavabos son una idea del señor director Bäuschle en persona, por lo que quisiéramos darle las gracias más sinceras. El que quiere se puede lavar ahora en esos hermosos lavabos, siempre que no haya demasiada gente y demasiados empujones.

EL LOCUTOR. Claro, todo el mundo quiere ser el primero, ¿no? Y siempre hay alegres disputas...

LA OBRERA. No hay más que seis grifos para quinientos cincuenta y dos. Siempre hay jaleo. Hay gente que no tiene vergüenza.

EL LOCUTOR. Pero todo transcurre en buena armonía. Y ahora este señor, no sé cuál es su nombre, querrá decirnos algo.

EL OBRERO. Mahn.

EL LOCUTOR. De manera que Mahn. Señor Mahn. ¿Cree usted que las muchas novedades introducidas en la fábrica han influido en el humor de sus compañeros de trabajo?

EL OBRERO. ¿Qué quiere decir?

EL LOCUTOR. Bueno, ¿les alegra que todas las poleas vuelvan a girar y todas las manos tengan trabajo?

EL OBRERO. Sí señor.

EL LOCUTOR. Y que todo el mundo, al terminar la semana, vuelva a llevarse a casa un salario, eso tampoco debemos olvidarlo.

EL OBRERO. No.

EL LOCUTOR. No siempre era así. En otras épocas muchos camaradas tenían que recorrer el amargo camino de la beneficencia. Y contentarse con una limosna.
EL OBRERO. Dieciocho marcos cincuenta. Sin descuentos.
EL LOCUTOR, *riéndose forzadamente:* ¡Ja ja já! ¡Ésa sí que es buena! No había mucho que descontar.
EL OBRERO. NO, ahora hay más.

El señor de la Dirección se adelanta nervioso, y también el rechoncho miembro de la SA.

EL LOCUTOR. Sí, todos tienen otra vez pan y trabajo en el Tercer Reich. Tiene usted razón, señor... ¿Cómo era su nombre? No hay ya poleas inmóviles, no hay brazos que se oxiden en la Alemania de Adolfo Hitler. *Aparta brutalmente al obrero del micrófono.* En alegre colaboración, el trabajador intelectual y el trabajador manual se lanzan a la reconstrucción de nuestra querida patria alemana. ¡Heil Hitler!

14

EL CAJÓN

Llegan con ataúdes de estaño
donde ha logrado su engaño
meter a quien con ellos luchó.
Siempre se negó a rebajarse
luchó para poder liberarse
***y* en la lucha la muerte encontró.**

Essen, 1934. Casa de obreros. Una mujer con dos niños. Un trabajador joven y su mujer, que han venido de visita. La mujer llora. Se oyen pasos que se acercan desde la escalera. La puerta está abierta.

LA MUJER. Sólo dijo que pagaban salarios de hambre. Y es verdad. El mayor está enfermo de los pulmones y no podemos comprar leche. No le pueden haber hecho nada.

Entran miembros de la SA con un gran cajón y lo dejan en el suelo.

HOMBRE DE LA SA. Por favor, nada de escenas. Una pulmonía la puede agarrar cualquiera. Aquí están los papeles. Todo está en regla. Y no hagan ninguna tontería.

Sale la gente de la SA.

UNO DE LOS NIÑOS. Mamá ¿está papá ahí dentro?
EL OBRERO, *que se ha dirigido hacia el cajón:* Es de cinc.
EL NIÑO. ¿No se puede abrir?
EL OBRERO: furioso: ¡Claro que se puede! ¿Dónde está la caja de herramientas?

Busca las herramientas. Su joven mujer trata de contenerlo.

LA JOVEN MUJER. ¡No lo abras, Hans! Se te llevarán a ti también.
EL OBRERO. Quiero ver lo que han hecho con él. Tienen miedo, eso se ve. Si no, no lo hubieran traído en un cajón de cinc. ¡Déjame!
LA JOVEN MUJER. No te dejo. ¿No los has oído?
EL OBRERO. Por lo menos podré verlo, ¿no?
LA MUJER, *coge a sus hijos de la mano y va hacia el cajón de cinc:* Todavía tengo un hermano al que podrían llevarse, Hans. Y a ti se te podrían llevar también. El cajón puede seguir cerrado. No necesitamos verlo. No lo olvidaremos.

15

EL LIBERADO

Ya llegan los torturados
a latigazos tratados.
Callaron la noche entera.
Sus amigos y mujeres
los miran como a otros seres:
¿qué harían en esa espera?

Berlín, 1936. Cocina de obreros. Domingo por la mañana. Un hombre y una mujer. Se oye a lo lejos música militar.

EL HOMBRE. Pronto estará aquí.
LA MUJER. En realidad no sabéis nada malo de él.
EL HOMBRE. Sabemos que ha salido del campo de concentración.
LA MUJER. ¿Y por qué desconfiáis?
EL HOMBRE. Han ocurrido demasiadas cosas. Allí les hacen pasar de todo.
LA MUJER. ¿Y cómo podría justificarse?
EL HOMBRE. Sabremos averiguar cuál es su verdadera posición.
LA MUJER. Pero puede pasar mucho tiempo.
EL HOMBRE. Sí.
LA MUJER. Y, sin embargo, puede que sea el mejor de los camaradas.
EL HOMBRE. Puede.
LA MUJER. Será terrible para él ver que todos desconfían.
EL HOMBRE. Sabe que es necesario.
LA MUJER. A pesar de todo.
EL HOMBRE. Oigo algo. No te vayas mientras hablamos.

Llaman a la puerta. El hombre la abre y entra el liberado.

EL HOMBRE. Hola, Max.

El liberado da la mano en silencio al hombre y la mujer.

LA MUJER. ¿Quiere tomar un café con nosotros? Precisamente estábamos tomando nosotros.
EL LIBERADO. Si no es molestia.

Pausa.

Tienen un armario nuevo.

LA MUJER. En realidad es uno viejo, comprado por once marcos cincuenta. El otro se vino abajo.
EL LIBERADO. Ah.
EL HOMBRE. ¿Pasa algo nuevo por ahí?
EL LIBERADO. Están haciendo una colecta.
LA MUJER. Nos vendría muy bien un traje para Willi.

EL HOMBRE. Yo tengo trabajo.
LA MUJER. Por eso nos vendría muy bien un traje para ti.
EL HOMBRE. No digas tonterías.
EL LIBERADO. Con trabajo o sin trabajo, todo el mundo puede necesitar algo.
EL HOMBRE. ¿Tienes ya trabajo tú?
EL LIBERADO. Lo voy a conseguir.
EL HOMBRE. ¿Con Siemens?
EL LIBERADO. Sí, o en algún otro lado.
EL HOMBRE. Ahora ya no es tan difícil.
EL LIBERADO. No.

Pausa.

EL HOMBRE. ¿Cuánto tiempo has estado allí?
EL LIBERADO. Seis meses.
EL HOMBRE. ¿Has encontrado a alguien dentro?
EL LIBERADO. No conocía a nadie. *Pausa.* Ahora te llevan a campos muy distintos. Te pueden llevar a Baviera.
EL HOMBRE. Ah.
EL LIBERADO. Aquí no han cambiado mucho las cosas.
EL HOMBRE. No especialmente.
LA MUJER. ¿Sabe?, vivimos muy apartados. Willi apenas se reúne con alguno de sus antiguos compañeros, ¿verdad, Willi? EL HOMBRE. Sí, tenemos poco trato.
EL LIBERADO. ¿No habrán conseguido aún que se lleven del zaguán los barriles de basura?
LA MUJER. Ah, ¿se acuerda aún? Bueno, él dice que no tiene otro sitio para ellos.
El LIBERADO, *a quien la mujer sirve una taza de café:* Sólo un sorbo. No voy a quedarme mucho.
EL HOMBRE. ¿Tienes algo que hacer?
EL LIBERADO. Selma me ha dicho que la cuidasteis cuando estaba en cama. Muchas gracias.
LA MUJER. No hay por qué darlas. Le hubiéramos dicho que viniera más noches, pero ni siquiera tenemos radio.
EL HOMBRE. Lo que se puede oír lo dice también el periódico.
EL LIBERADO. No hay mucho que leer en el *«Chorreo» de la Mañana.*
LA MUJER. Tampoco mucho en el *Nacional.*
EL LIBERADO. Y el *Nacional* dice lo mismo que el *«Chorreo»,* ¿no?

EL HOMBRE. No leo mucho por la noche. Estoy demasiado cansado.
LA MUJER. ¿Pero qué le ha pasado en la mano? ¡La tiene toda torcida y le faltan dos dedos!
EL LIBERADO. Me Caí.
EL HOMBRE. Es una suerte que sea la izquierda.
EL LIBERADO. Sí, en el fondo es una suerte. Me gustaría hablar contigo. No lo tome a mal, señora Mahn. LA MUJER. Claro. Todavía tengo que limpiar el fogón.

Ella se afana en el fogón. El liberado la mira con una suave sonrisa.

EL HOMBRE. Vamos a salir en cuanto acabemos de cenar. ¿Está Selma bien ya? EL LIBERADO. La cadera no. No soporta lavar. Decidme... *Se interrumpe y los mira. Ellos lo miran. Él no sigue.*
EL HOMBRE, *roncamente: ¿Y* si fuéramos a Alexanderplatz antes de cenar? ¿Por todo ese jaleo de la colecta?
LA MUJER. ¿Podríamos ir, verdad?
El LIBERADO. Claro.

Pausa.

En voz baja: Willi, yo sigo siendo el de siempre.
EL HOMBRE, *ligeramente:* Claro. Quizá haya música en la Alex. Arréglate, Anna. Ya hemos acabado el café. Me voy a peinar un poco.

Pasan a la habitación de al lado. El liberado sigue sentado. Ha cogido el sombrero. Silba para sí. Los otros dos vuelven vestidos para salir.

EL HOMBRE. Vamos, Max.
EL LIBERADO. Está bien. Sólo quiero decirte una cosa: que lo encuentro lógico.
EL HOMBRE. Entonces, vámonos.

Salen juntos.

16

SOCORRO DE INVIERNO

Llega el Socorro de Invierno
con trompetas del infierno
hasta la casa más pobre.
Sacan harapos y panes,
se meten por los desvanes
y quieren que nada sobre.

El mismo que a su hermano pega
pretende luego hacerle entrega
de una limosna a toda prisa.
Pero es un disparate:
se les queda en el gaznate
y el Heil Hitler les da risa.

Karlsruhe, 1937. Dos miembros de la SA traen un paquete del Socorro de Invierno a la habitación de una anciana, que está sentada a la mesa con su hija.

PRIMER HOMBRE DE LA SA. Bueno, abuela, esto te lo manda el Führer.
SEGUNDO HOMBRE DE LA SA. Para que no diga que no se ocupa de usted.
LA ANCIANA. Gracias, gracias. Patatas, Erna. Y un jersey de lana. Y manzanas.
PRIMER HOMBRE DE LA SA. Y ahí dentro hay una carta del Führer para usted. ¡Ábrala!
LA ANCIANA, *abriendo la carta:* ¡Cinco marcos! ¿Qué te parece, Erna?
SEGUNDO HOMBRE DE LA SA. ¡Es el Socorro de Invierno!
LA ANCIANA. Tiene que coger una manzanita, joven, y usted también. Por haber traído el paquete y haber subido las escaleras. Otra cosa no tengo. Y yo también me voy a comer una.

Muerde una manzana. Todos comen manzanas, menos la joven.

LA ANCIANA. Coge una, Erna, ¡no te quedes ahí parada! Ya ves que las cosas no son como dice tu marido.
PRIMER HOMBRE DE LA SA. ¿Qué dice su marido?
LA JOVEN. No dice nada. La vieja no hace más que parlotear.
LA ANCIANA. NO, también lo dice él, nada malo, saben, lo que dicen todos. Que los precios han subido un poquito en los últimos tiempos. *Señala con la manzana a su hija.* Y la verdad es que ella ha calculado, con la libreta de la

casa, que este año ha necesitado ciento veintitrés marcos más que el pasado. ¿Verdad, Erna? *Se da cuenta de que, al parecer, a los hombres de la SA no les ha sentado bien lo que ha dicho.* Pero eso es sólo porque hay que armar al país, ¿no? ¿Qué pasa? ¿He dicho algo malo?

PRIMER HOMBRE DE LA SA. ¿Dónde guarda la libreta de la casa, joven?

SEGUNDO HOMBRE DE LA SA. ¿Y a quién enseña esa libreta de la casa?

LA JOVEN. Es sólo para la casa. No se la enseño a nadie.

LA ANCIANA. Eso no puede parecerles mal, que lleve una libreta de la casa, ¿no?

PRIMER HOMBRE DE LA SA. ¿Y que ande propalando barbaridades, tampoco puede parecemos mal, verdad?

SEGUNDO HOMBRE DE LA SA. Tampoco he oído que, al entrar nosotros, dijera muy alto Heil Hitler. ¿Lo oíste tú?

LA ANCIANA. Claro que dijo Heil Hitler, y yo también lo digo:¡Heil Hitler!

SEGUNDO HOMBRE DE LA SA. Hemos caído en una bonita guarida de marxistas, Albert. Tenemos que echar una ojeada a esa libreta de la casa. Llévenos a donde viva.

Coge a la joven del brazo.

LA ANCIANA. ¡Pero si está en el tercer mes! No pueden... ¡No lo harán! Si fueron ustedes quienes trajeron el paquete y aceptaron las manzanas. ¡Erna! Ella dijo Heil Hitler, qué puedo hacer yo... ¡Heil Hitler! ¡Heil Hitler!

Vomita la manzana. Los hombres de la SA se llevan a su hija.

LA ANCIANA, *vomitando aún:* ¡Heil Hitler!

17

DOS PANADEROS

Ahí vienen los panaderos
con engrudo en los calderos
y lienen que hacer el pan.
Hacen panes con salvado
según lo reglamentado...

No saben a qué sabrán.

Landsberg, 1936. Patio de una cárcel. Los presos dan vueltas. Cada vez que pasan por delante, dos de los presos hablan en voz baja.

UNO. ¿Entonces también tú eres panadero, novato?
EL OTRO. Sí. ¿Tú también?
UNO. Sí. ¿Por qué te han trincado?
EL OTRO. ¡Cuidado!

Vuelven a dar vueltas.

Porque no ponía salvado y patata en el pan. ¿Y a ti? ¿Cuánto tiempo llevas aquí?
UNO. Dos años.
EL OTRO. ¿Y por qué estás aquí? ¡Cuidado!

Vuelven a dar vueltas.

UNO. Por poner salvado en el pan. Hace dos años eso se llamaba adulteración de productos alimenticios.
EL OTRO. ¡Cuidado!

18

EL CAMPESINO DA DE COMER A LA CERDA

El campesino va en el cortejo
lleva fruncido el entrecejo.
No le darán nada por sus trigos.
Pero si ha de alimentar su cerda
no puede hacerlo sólo con mierda...
Tiene cara de pocos amigos.

Auchach, 1937. Bauernhof. Es de noche. El campesino, delante de la pocilga, da instrucciones a su mujer y a sus dos hijos.

EL CAMPESINO. Nunca he querido meteros en esto, pero lo habéis descubierto y ahora tenéis que cerrar la boca. Si no, vuestro padre irá a la cárcel de Landsberg para toda la vida. No hacemos nada malo si alimentamos a nuestros animales cuando tienen hambre. Nuestro Señor no quiere que ninguna criatura pase hambre. Y cuando un animal tiene hambre, se pone a gritar, y yo no puedo soportar que una cerda grite en mi granja de hambre. Pero no debo alimentarla. Lo dice el Estado. Y, sin embargo, la alimento. Porque si no la alimento se me queda ahí y pierdo algo que nadie me va a devolver.
LA CAMPESINA. Eso pienso yo también. Nuestro trigo es nuestro trigo. Y esos sinvergüenzas no pueden imponernos nada. Han echado a los judíos, pero el Estado es el mayor judío. *Y* el cura dijo: No cierres el hocico al buey que trilla. Con lo que quiso decir que podemos dar de comer tranquilamente a nuestro ganado. No fuimos nosotros quienes hicimos su plan cuatrienal, ni nos preguntaron siquiera.
EL CAMPESINO. Exacto. No están con los campesinos y los campesinos no están con ellos. Tengo que entregar mi trigo por nada, pero tengo que comprar cara la comida del ganado. Para que ese señor pueda comprar cañones.
LA CAMPESINA. Ponte junto a la verja, Toni, y tú, Marie, vete al prado y si viene alguien, avisa.

Los niños se colocan en sus puestos. El campesino mezcla la comida de la cerda y, mirando en torno con temor, la lleva a la pocilga. También su mujer mira alrededor.

EL CAMPESINO, *echando la comida a la cerda:* Come, come, Lina. ¡Heil Hitler! Cuando un animal tiene hambre, el Estado no es nada.

19

EL VIEJO COMBATIENTE

Vienen votantes a la carrera.
Votar, votó la Nación entera
y eligieron a quien los maltrata.
Porque hoy no tienen pan ni cobijo,
ni siquiera tienen puesto fijo
¡votar a Hitler fue mala pata!

la ciudad de Calw, Württemberg, en 1938. Una plaza con pequeñas tiendas. Al fondo, un carnicería, en el proscenio una lechería. Una oscura mañana de invierno. La carnicería está aún cerrada, pero la lechería está iluminada ya y hay algunos clientes que esperan.

UN PEQUEÑO BURGUÉS. ¿Hoy tampoco hay manteca, no?
LA MUJER. Tendría que haber al menos la que puedo comprar con lo que gana mi marido, que no es precisamente mucho.
UN MUCHACHO. No se queje, ¿eh? Alemania, y eso es a prueba de bomba, necesita cañones y no manteca. Él lo dijo claramente.
LA MUJER, *apocada:* Es verdad.

Silencio.

EL MUCHACHO. ¿Cree que con manteca habríamos podido ocupar Renania? Todo el mundo estuvo de acuerdo cuando se hizo, pero nadie quiere sacrificarse.
UNA SECUNDA MUJER. Vamos por partes. Todos nos sacrificamos.
EL MUCHACHO, *desconfiado:* ¿Qué quiere decir?
LA SEGUNDA MUJER, *a la primera:* ¿Acaso no da usted cuando hay una colecta?

La primera mujer asiente.

Ya ve. Ella da. Y nosotros damos también. Voluntariamente.
EL MUCHACHO. Eso ya lo sabemos. Agarrándose a cada pfennig cuando el Führer necesita, por decirlo así, apoyo para sus grandes empresas. Para el Socorro de Invierno no damos más que harapos. Lo que más nos gustaría sería dar sólo las polillas. Pero sabemos con quiénes nos jugamos los cuartos. El dueño de fábrica del número 11 dio un par de botas de montar totalmente gastadas.
EL PEQUEÑO BURGUÉS. ¡La gente es tan imprudente!

La lechera, con un delantal blanco, sale de la lechería.

LA LECHERA. Enseguida estamos. *A la segunda mujer:* Buenos días, señora Ruhl. ¿Sabe que ayer noche se llevaron al joven Lettner de al lado?
LA SEGUNDA MUJER. ¿El carnicero?
LA LECHERA. Sí, el hijo.

LA SEGUNDA MUJER. ¿Pero no estaba en la SA?
LA LECHERA. Estaba. El padre está en el Partido desde el veintinueve. Ayer estaba fuera de casa, en una subasta de ganado; si no, se lo hubieran llevado también.
LA SEGUNDA MUJER. ¿Qué había hecho?
LA LECHERA. Subir el precio de la carne. No le daban ya en los últimos tiempos y tenía que dejar que los clientes se le fueran. Y entonces, al parecer» compró en el mercado negro. Incluso dicen que a los judíos.
EL .MUCHACHO. ¡Había motivos para que se lo llevaran!
LA LECHERA. Siempre había sido de los más leales. Hizo que encerraran al viejo Ziesler del 17 porque no se suscribió al *Nacional.* Es un viejo combatiente.
LA SEGUNDA MUJER. Qué cara pondrá cuando vuelva.
LA LECHERA. ¡Cuando vuelva!
EL PEQUEÑO BURGUÉS. ¡La gente es tan imprudente!
LA SEGUNDA MUJER. Al parecer, no van a abrir hoy.
LA LECHERA. ¡Es lo mejor que pueden hacer! Cuando la policía mete las narices, siempre encuentra algo, ¿no? ¡Con lo difícil que es encontrar hoy género! Nosotros sólo lo recibimos de la cooperativa: ¡con ella no hay dificultades hasta ahora! *Gritando:* ¡Hoy no hay nata! *Murmullo general de decepción.* Dicen que los Lettner tienen también una hipoteca sobre la casa. Esperaban que se la cancelaran o qué sé yo.
EL PEQUEÑO BURGUÉS. ¡No se pueden cancelar las hipotecas! Eso es pedir demasiado.
LA SEGUNDA MUJER. El joven Lettner era una persona muy simpática.
LA LECHERA. El rabioso fue siempre el viejo Lettner. Metió al muchacho, que hubiera preferido salir con chicas, en la SA.
EL MUCHACHO. ¿Qué quiere decir eso de rabioso?
LA LECHERA. ¿He dicho rabioso? Bueno, antes se ponía siempre rabioso cuando se decía algo contra la Causa. Siempre hablaba de la Causa y en contra del egoísmo del individuo.
EL PEQUEÑO BURGUÉS. Están abriendo.
LA SEGUNDA MUJER. Al fin y al cabo, hay que vivir.

De la carnicería, ahora semiiluminada, sale una mujer gorda. Se detiene en la acera y echa una mirada inquisitiva a la calle. Luego se vuelve hacia la lechera.

LA CARNICERA. Buenos días, señora Schlichler. ¿Ha visto a nuestro Richard? ¡Hace tiempo que debería estar aquí con la carne!

La lechera no le responde. Todos miran fijamente a la carnicera, que se da cuenta y vuelve a entrar apresuradamente en la tienda.

LA LECHERA. Hace como si no hubiera pasado nada. Es lógico teniendo en cuenta el alboroto que el viejo organizó antes de ayer, cuando se le oía rugir por toda la plaza. Eso se lo guardan
LA SEGUNDA MUJER. De eso yo no sé nada, señora Schlichter;
LA LECHERA. ¿De veras? Se negó a colgar en el escaparate los jamones de cartón que le habían traído. Antes los había encargado porque se lo habían exigido: durante una semana no había colgado en el escaparate más que la pizarra de precios. Decía que no tenía nada más que exponen. Cuando vinieron con los jamones de cartón, trajeron también medio ternero, muy bien imitado, y él se puso a rugir que no colgaría nada falso en el escaparate y otras muchas cosas que no se pueden repetir. Todo contra el Gobierno, y luego tiró las cosas a la calle. Tuvieron que recogerlas del barro.
LA SEGUNDA MUJER. Chist, chist, chíst, chist.
EL PEQUEÑO BURGUÉS. ¡Qué imprudente es la gente!
LA SEGUNDA MUJER. ¿Cómo es posible que la gente pierda la cabeza de esa forma?
LA LECHERA. ¡Y precisamente los más listos!

En ese momento se enciende en la carnicería una segunda luz.

LA LECHERA. ¡Miren!

Señala excitada el escaparate semiiluminado.

LA SEGUNDA MUJER. ¡Hay algo en el escaparate!
LA LECHERA. ¡Es el viejo Lettner! ¡Y con abrigo! Pero, ¿en dónde se apoya? *Grita de pronto:* ¡Señora Lettner!
LA CARNICERA, *sale de la tienda:* ¿Qué ocurre?

La lechera, sin decir palabra, señala el escaparate. La carnicera echa una ojeada, grita y cae desmayada. La segunda mujer y la lechera corren hacia ella.

LA SEGUNDA MUJER, *por encima de su hombro:* ¡Se ha ahorcado en el escaparate!
EL PEQUEÑO BURGUÉS. Lleva un cartel colgado.
LA PRIMERA MUJER. Es la pizarra de precios. Hay algo escrito.
LA SEGUNDA MUJER. Ahí dice: ¡Yo voté por Hitler!

20

EL SERMÓN DE LA MONTAÑA

Los cristianos, no violentos,
olvidan sus mandamientos
y de perdidos al río.
No puede ser refutado:
otros dioses han echado
a su Dios de paz judío.

Lübeck, 1937, cocina-comedor de un pescador. El pescador agoniza. Junto a su lecho su mujer y, con uniforme de la SA, su hijo. Hay también un cura.

EL MORIBUNDO. Dígame, ¿hay verdaderamente algo después?
EL CURA. ¿Lo atormentan las dudas?
LA MUJER. En los últimos tiempos no deja de decir que se habla y se promete tanto que no se sabe qué creer. No lo tome a mal, señor cura.
EL CURA. Después viene la vida eterna.
EL MORIBUNDO. ¿Y es mejor que ésta?
EL CURA. Sí.
EL MORIBUNDO. Tiene que serlo.
LA MUJER. Ha sufrido tanto, ¿sabe?
EL CURA. Créame que Dios lo sabe.
EL MORIBUNDO. ¿Usted cree? *Tras una pausa:* ¿Allí arriba se podrá abrir la boca, no?
EL CURA, *un tanto desconcertado:* Escrito está que la fe mueve montañas. Tenga fe. Y todo le será más fácil.
LA MUJER. No vaya a pensar, señor cura, que le falta la fe. Siempre ha comulgado. *A su marido, insistentemente:* El señor cura piensa que no tienes fe. Pero la tienes, ¿verdad?
EL MORIBUNDO. Sí...

Silencio.

Si no, no hay nada.
EL CURA. ¿Qué quiere decir con eso?
EL MORIBUNDO. Bueno, pues que si no, no hay nada. ¿No? Quiero decir que si hubiera habido alguna cosa...
EL CURA. ¿Qué hubiera tenido que haber?
EL MORIBUNDO. Algo.
EL CURA. Pero usted ha tenido a su querida mujer y a su hijo.
LA MUJER. Nos has tenido, ¿no?
EL MORIBUNDO. Sí...

Silencio.

Quiero decir que si hubiera pasado algo en mi vida...
EL CURA. Quizá no le comprendo del todo. No querrá decir que sólo cree porque su vida ha sido fatigosa y trabajosa...
EL MORIBUNDO, *mirando a su alrededor, hasta que ve a su hijo:* ¿Y será mejor para ellos?
EL CURA. ¿Se refiere a la juventud? Sí, eso esperamos.
EL MORIBUNDO. Si tuviéramos un balandro con motor...
LA MUJER. ¡No te preocupes ahora!
EL CURA. No debería pensar en esas cosas.
EL MORIBUNDO. Tengo que hacerlo.
LA MUJER. Saldremos adelante.
EL MORIBUNDO. ¿Y si hay guerra?
LA MUJER. No digas eso. *Al cura:* En los últimos tiempos habla siempre con el chico de la guerra. No están de acuerdo al respecto.

El cura mira al hijo.

EL HIJO. Él no cree en la resurrección.
EL MORIBUNDO. Dígame, ese que está arriba, ¿quiere que haya guerra?
EL CURA, *titubeando:* Escrito está: bienaventurados los pacíficos.
EL MORIBUNDO. Pero si hay guerra...
EL HIJO. ¡El Führer no quiere la guerra!

El moribundo hace un amplio gesto con la mano, como para apartarlo.

EL MORIBUNDO. Bueno, pues si hay guerra...

El hijo quiere decir algo.

LA MUJER. Calla ahora.
EL MORIBUNDO, *al cura, señalando a su hijo:* ¡Dígale eso de los pacíficos!
EL CURA. Todos estamos en manos de Dios, no lo olvide.
EL MORIBUNDO. ¿Se lo va a decir?
LA MUJER. El señor cura no puede hacer nada contra la guerra, ¡sé sensato! De eso no se debe hablar en estos tiempos, ¿verdad, señor cura?
EL MORIBUNDO. Usted sabe que son todos unos estafadores. No puedo comprar ya un motor para mi barco. Montan los motores en sus aviones. Para la guerra, para la matanza. Y, cuando hace mal tiempo, yo no puedo regresar porque no tengo motor. ¡Qué estafadores! ¡Harán la guerra! *Se echa hacia atrás, agotado.*
LA MUJER *va asustada a buscar una palangana con agua y le enjuga el sudor de la frente con un paño:* No lo escuche. Ya no sabe lo que se dice.
EL CURA. Cálmese señor Claasen.
EL MORIBUNDO. ¿Le va a decir eso de los pacíficos?
EL CURA, *tras una pausa:* Puede leerlo él mismo. Está en el Sermón de la Montaña.
EL MORIBUNDO. Él dice que todo eso viene de un judío y no vale.
LA MUJER. ¡No empieces otra vez! No es eso lo que opina. ¡Se lo oye decir a los camaradas!
EL MORIBUNDO. Sí. *Al cura:* ¿No vale?
LA MUJER, *echando una mirada angustiosa a su hijo:* No pongas en dificultades al señor cura, Hannes. No debes preguntarle eso.
EL HIJO. ¿Y por qué no debo preguntárselo?
EL MORIBUNDO. ¿Vale o no vale?
EL CURA, *tras una larga pausa, atormentado:* También está en las Escrituras: Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios.

El moribundo se echa hacia atrás. La mujer le pone sobre la frente un paño mojado.

21

LA CONSIGNA

Les enseña el magisterio
a morir por el imperio
como dos y dos son cinco.
Morir no es nunca sencillo:
aprenden el estribillo
y se esfuerzan con ahínco.

Chemnitz, 1937. Un local de las Juventudes Hitlerianas. Un grupo de jóvenes, en su mayoría con máscaras de gas colgadas. Un grupito se dirige hacia un joven sin máscara, que se sienta solo en un banco moviendo los labios sin pausa, como si estuviera estudiando.

EL PRIMER MUCHACHO. Sigue sin tenerla.
EL SEGUNDO MUCHACHO. Su vieja no se la compra.
EL PRIMER MUCHACHO. Ella tendría que comprender que él lo pasa muy mal...
EL TERCER MUCHACHO. Si no tiene la pasta...
EL PRIMER MUCHACHO. ¡Con la manía que le tiene el gordo!
EL SEGUNDO MUCHACHO. Ahora estudia la consigna.
EL CUARTO MUCHACHO. Hace ya cinco semanas que se la estudia, y sólo son dos estrofas.
EL TERCER MUCHACHO. Se la sabe hace tiempo.
EL SEGUNDO MUCHACHO. Sólo se atasca porque tiene miedo.
EL CUARTO MUCHACHO. Resulta siempre muy cómico» ¿verdad?
EL PRIMER MUCHACHO. Para reventar de risa. *Llama hacia el otro lado:* ¿Te la sabes, Pschierer?

El quinto muchacho levanta la vista turbado, comprende y asiente. Luego sigue estudiando.

EL SEGUNDO MUCHACHO. El gordo se mete con él sólo porque no tiene máscara antigás.
EL TERCER MUCHACHO. Él dice que es porque no quiso acompañarlo al cine.
EL CUARTO MUCHACHO. Eso he oído también. ¿Os lo creéis?
EL SEGUNDO MUCHACHO. Es posible. Yo tampoco iría con el gordo al cine. Pero conmigo no se atreve. Mi viejo le armaría un escándalo.
EL PRIMER MUCHACHO. ¡Cuidado, el gordo!

Los muchachos forman en dos filas. Entra un jefe de grupo corpulento. Saludo hitleriano.

EL JEFE DE GRUPO. ¡A numerarse!

Se numeran

¡Máscaras de gas!

Los muchachos se ponen las máscaras de gas. Algunos no tienen. Todos hacen los mismos movimientos aprendidos.

Primero la consigna. ¿Quién nos la va a decir? Mira a su alrededor como indeciso, y luego, de pronto: ¡Pschicrer! Tú te la sabes ya.

El quinto muchacho se adelanta, situándose delante de la fila. Está muy pálido.

¿La sabes, artista?
EL QUINTO MUCHACHO. ¡Sí, jefe!
EL JEFE DE GRUPO. ¡Entonces venga! ¡Primera estrofa!
EL QUINTO MUCHACHO.
Aprende a mirar a la muerte de frente,
ésa es la consigna del tiempo de ahora.
Si un día te envían a luchar, valiente
has de ser hasta tu última hora.
EL JEFE DE GRUPO. ¡No te hagas pis en los pantalones! ¡Sigue! ¡Segunda estrofa!
EL QUINTO MUCHACHO
¡Y entonces dispara, acuchilla, golpea!
Porque eso es lo que exige...

Se queda atascado y repite las palabras. Algunos muchachos contienen con dificultad la risa.

EL JEFE DE GRUPO. Entonces, ¿sigues sin aprendértela?
EL QUINTO MUCHACHO. ¡Sí, jefe!

EL JEFE DE GRUPO. Seguro que aprendes otras cosas en casa, ¿no? *Rugiendo:* ¡Sigue!
EL QUINTO MUCHACHO
Porque eso es lo que exige nuestra... victoria.
Sé un alemán, como sea, como sea
sé un alemán, como sea
muere por ello... y alcanza la gloria.
EL JEFE DE GRUPO. ¡Como si fuera tan difícil!

22

SE CONOCE EN LOS CUARTELES EL BOMBARDEO DE ALMERÍA

Ahí llegan ya los soldados.
Están bien alimentados
para que no tengan queja.
Deben seguir peleando
y no ir por ahí preguntando
por qué esta guerra no ceja.

Berlín, febrero de 1937. Pasillo de un cuartel. Dos jóvenes proletarios, mirando a su alrededor temerosos, llevan un paquete envuelto en papel.

EL PRIMER MUCHACHO. Hoy están excitados, ¿no?
EL SEGUNDO MUCHACHO. Dicen que es porque puede haber guerra. A causa de España.
EL PRIMER MUCHACHO. Algunos están blancos como el papel.
EL SEGUNDO MUCHACHO. Porque han bombardeado Almería. Ayer, noche.
EL PRIMER MUCHACHO. ¿Dónde está eso?
EL SEGUNDO MUCHACHO. En España, claro. Hitler telegrafió que un barco de guerra alemán bombardearía inmediatamente Almería. Porque allí son rojos y los rojos deben tener miedo del Tercer Reich. Ahora puede haber guerra
EL PRIMER MUCHACHO. Ahora son ellos los que tienen miedo.
EL SEGUNDO MUCHACHO. Sí, tienen miedo.
EL PRIMER MUCHACHO. ¿Y por qué gritan entonces, si están blancos como el papel y tienen miedo de que pueda haber guerra?
EL SEGUNDO MUCHACHO. Sólo han gritado porque Hitler lo quiere.

EL PRIMER MUCHACHO. Pero lo que quiere Hitler lo quieren ellos también. Todos están a favor de Hitler. Porque fue él quien creó la joven Wehrmacht.
EL SEGUNDO MUCHACHO. Eso es verdad.

Pausa.

EL PRIMER MUCHACHO. ¿Crees que podemos salir ya?
EL SEGUNDO MUCHACHO. Espera un poco, porque si no, nos encontraremos con algún teniente. Entonces nos lo quitará todo y los otros se dejarán engañar.
EL PRIMER MUCHACHO. Es una consideración por su parte que nos dejen venir todos los días.
EL SEGUNDO MUCHACHO. Tampoco ellos son millonarios por casa. ¡Se dan cuenta! Mi vieja sólo recibe diez marcos a la semana, y somos tres. No hay más que patatas.
EL PRIMER MUCHACHO. Pero los de aquí comen bien. Hoy había albóndigas.
EL SEGUNDO MUCHACHO. ¿Cuántas te han dado hoy?
EL PRIMER MUCHACHO. Una porción, como siempre. ¿Por qué?
EL SEGUNDO MUCHACHO. A mí me han dado dos.
EL PRIMER MUCHACHO. Déjame ver. A mí sólo me han dado una.

El segundo muchacho le muestra.

¿Tú dijiste algo?
EL SEGUNDO MUCHACHO. No. Bueno días, como siempre.
EL PRIMER MUCHACHO. Eso no lo entiendo. Yo les dije lo de siempre. Heil Hitler.
EL SEGUNDO MUCHACHO. Es extraño. A mí me han dado dos porciones.
EL PRIMER MUCHACHO. ¿Por qué de repente? No lo entiendo.
EL SEGUNDO MUCHACHO. Yo tampoco... Ahora está despejado.

Se marchan corriendo.

23

CONTRATACIÓN DE MANO DE OBRA

Vienen los que dan trabajo.

Un hombre es escarabajo
que ellos pinchan sin pudor.
Ha de fecundar la tierra
y su máquina de guerra
con su sangre y su sudor.

Spandau, 1937. Un obrero, al volver a su vivienda, encuentra a su vecina.

LA VECINA. Buenas noches» señor Fenn. Quería pedirle prestado a su mujer un poco de pan. Ha salido un instante.
EL HOMBRE. Con mucho gusto, señora Dietz. ¿Qué le parece el empleo que he conseguido?
LA VECINA. Sí, ahora todos tienen trabajo. Está usted en las nuevas fábricas de motores, ¿no? ¿Allí fabricarán bombarderos?
EL HOMBRE. Cada vez más y más
LA VECINA. Los necesitan en España.
EL HOMBRE. ¿Por qué precisamente en España?
LA VECINA. Se dicen tantas cosas sobre lo que se envía allí. Es una vergüenza.
EL HOMBRE. Tenga cuidado con lo que dice.
LA VECINA. ¿Está usted también con ellos?
EL HOMBRE. Yo no estoy con nadie. Hago mi trabajo. ¿Dónde se habrá metido Martha?
LA VECINA. Ah, quizá tendría que prepararlo. Es posible que sea algo desagradable. Cuando entré, estaba aquí precisamente el cartero, y había dado una carta a su mujer que la había trastornado. Pensé si no sería mejor que pidiera el pan a los Schiermann.
EL HOMBRE. Vaya. *Llama:* ¡Martha!

Entra su mujer. De luto.

EL HOMBRE. ¿Qué te pasa? ¿Quién ha muerto?
LA MUJER. Franz. Ha llegado una carta.

Le da una carta.

LA VECINA. ¡Santo cielo! ¿Qué le ha pasado?
EL HOMBRE. Ha sido un accidente.
LA VECINA, *desconfiada:* ¿Era aviador, no?

EL HOMBRE. Sí.
LA VECINA. ¿Y tuvo un accidente?
EL HOMBRE. En Stettin. En un ejercicio nocturno en el campo de maniobras, dice aquí.
LA VECINA. ¡No ha sido un accidente! No me pueden venir con esa historia.
EL HOMBRE. Sólo le digo lo que dice aquí. La carta es del Estado Mayor del campo.
LA VECINA. ¿Y él les escribía últimamente? ¿De Stettin?
EL HOMBRE. No te pongas así, Martha. No sirve de nada.
LA MUJER. No, lo sé.
LA VECINA. Era tan simpático su hermano. ¿Les preparo café?
EL HOMBRE. Sí, si no le importa, señora Dietz...
LA VECINA, *buscando un cacharro:* Una cosa así es siempre un golpe.
LA MUJER. Puedes lavarte tranquilamente, Herbert. A la señora Dietz no le importará.
EL HOMBRE. Para eso hay tiempo.
LA VECINA. ¿Y él les escribía desde Stettin?
EL HOMBRE. Sus cartas venían siempre de Stettin.
LA VECINA, *mirándolo significativamente:* Ah. ¿Pero estaría en el sur?
EL HOMBRE. ¿Cómo que en el sur?
LA VECINA. Lejos, en el sur, en la hermosa España.
EL HOMBRE, *al ver que su mujer vuelve a sollozar:* ¡Cálmate, Martha! No debería hablar así, señora Dietz.
LA VECINA. Sólo quisiera saber qué dirían en Stettin si fuera usted a buscar el cadáver de su cuñado.
EL HOMBRE. No iré a Stettin.
LA VECINA. Todo lo tapan muy bien. Consideran una heroicidad que no se sepa nada. Uno de la alcaldía se jactaba de lo inteligentemente que ocultan su guerra. Cuando derriban a un bombardero de ésos y los de dentro saltan en paracaídas, los de los otros bombarderos les disparan en el aire con ametralladoras, a los suyos, para que no puedan decir a los rojos de donde vienen.
LA MUJER, *poniéndose mala:* Dame agua, Herbert, quieres, me siento muy mal.
LA VECINA. La verdad es que no quería trastornarla más, pero ¡cómo lo tapan todo! Saben muy bien que es un crimen y que tienen que ocultar su guerra. Incluso aquí. ¡Un accidente en unos ejercicios! ¿Qué ejercicios? ¡Ejercicios de guerra!
EL HOMBRE. Por lo menos no hable tan fuerte. *A su mujer:* ¿Te sientes mejor?

LA VECINA. También usted es de los que callan como un muerto. ¡En esa carta tiene la prueba!
EL HOMBRE. ¿Quiere callarse de una vez?
LA MUJER. ¡Herbert!
LA VECINA. Sí, ¡que me calle de una vez! ¡Porque ha encontrado trabajo! ¡Pero su cuñado también! Precisamente ha tenido un «accidente» con una cosa de esas que producen en la fábrica de motores.
EL HOMBRE. Eso es demasiado, señora Dietz. ¡Dice que trabajo en cosas de ésas! ¿Y en qué trabajan los otros? ¿En qué trabaja su marido? ¿En lámparas, no? ¿Y eso no es para la guerra? ¡Es sólo para iluminación! ¿Pero para qué es la iluminación? ¿Qué es lo que se ilumina? ¿Se iluminan los tanques? ¿O los buques de guerra? ¿O una cosa de ésas? ¡Él sólo hace lámparas! Dios santo, ¡no hay nada ya que no sea para la guerra! ¿Dónde voy a encontrar trabajo si me digo: ¡pero que no sea para la guerra!? ¿Tendré que morirme de hambre?
LA VECINA, *apocada:* Yo no digo que tenga que morirse de hambre. Naturalmente que tiene que aceptar el trabajo. Hablo sólo de esos criminales. ¡Es una bonita contratación de mano de obra!
EL HOMBRE, *seriamente:* Y tú tampoco debes andar por ahí de negro. No les gusta.
LA VECINA. Lo que no les gusta son las preguntas que hacen.
LA MUJER, *tranquila:* ¿Crees que debo quitarme el luto?
EL HOMBRE. Sí. Si no, me quedaré sin trabajo enseguida.
LA MUJER. Pues no me lo quitaré.
EL HOMBRE. ¿Qué quieres decir?
LA MUJER. Que no me lo quitaré. Mi hermano ha muerto. Llevaré luto por él.
EL HOMBRE. Si no tuvieras ese vestido, porque lo compró Rosa cuando murió mi madre, no podrías vestirte de luto.
LA MUJER, *chillando:* ¡Nadie me impedirá que lleve luto! Si ellos lo han sacrificado, yo debo poder llorar al menos. ¡Nunca ha habido nada parecido! ¡Nunca se ha visto en el mundo nada tan inhumano! ¡Son unos verdaderos criminales!
LA VECINA, *mientras el hombre, mudo de espanto, sigue sentado:* ¡Señora Fenn!
EL HOMBRE, *roncamente:* Si hablas así, nos pasará algo peor que perder mi puesto.
LA MUJER. ¡Que se me lleven! También tienen campos de concentración para mujeres. ¡Que me metan en uno, porque a mí no me da igual que maten a mi hermano! ¿Qué se le había perdido en España?

EL HOMBRE. ¡Deja de hablar de España!
LA VECINA. ¡Se va a buscar un disgusto, señora Fenn!
LA MUJER. ¿Vamos a tener que callar para que no te quiten el puesto? ¿Porque moriremos si no fabricamos sus bombarderos? ¿Y para morirnos luego de todos modos? ¿Cómo Franz? A él también le han buscado un puesto. A un metro bajo tierra. ¡También aquí hubiera podido tener ese puesto!
EL HOMBRE. *Quiere cerrarle la boca:* ¡Cállate! ¡Eso no sirve de nada!
LA MUJER. ¿Qué sirve entonces? ¡Haz algo que sirva!

24

PLEBISCITO

Y los vimos avanzar...
Nos pusimos a gritar:
¿no hay alguien que no lo siga?
¡No os quedéis ahí pasmados!
Esa guerra, desgraciados,
no es la vuestra, aunque él lo diga.

Berlín, 13 de marzo de 1938. En una vivienda proletaria, dos obreros y una mujer. El asta de una bandera bloquea la pequeña habitación. En la radio se oye un enorme júbilo, repicar de campanas y ruido de aviones. Una voz dice: «Y ahora el Führer hace su entrada en Viena».

LA MUJER. Es como un mar
EL VIEJO OBRERO. Sí, no hace más que vencer y vencer.
EL JOVEN OBRERO. Y nosotros somos los vencidos.
LA MUJER. Así es..
EL JOVEN OBRERO. ¡Escuchad cómo gritan! ¡Como si les regalaran algo!
EL VIEJO OBRERO. Se lo están regalando. Un ejército invasor.
EL JOVEN OBRERO. Y a eso lo llaman «plebiscito». *¡Un Pueblo, un Reich, un Führer! ¿No es eso lo que quieres, alemán? Y* nosotros no podemos siquiera distribuir una octavilla en ese plebiscito. Aquí, en la ciudad obrera de Neukölln.
LA MUJER. ¿Por qué no podemos?
EL JOVEN OBRERO. Porque es demasiado peligroso.

EL VIEJO OBRERO. Ahora que incluso Karl se ha ido... ¿Cómo conseguir las direcciones?
EL JOVEN OBRERO. Para redactar el texto nos hace falta un hombre.
LA MUJER, *señalando la radio:* Él tenía cien mil hombres para su agresión. A nosotros nos falta uno. Está bien. Si sólo él tiene lo que necesita, vencerá.
EL JOVEN OBRERO, *irritado:* Entonces tampoco nos hace falta Karl.
LA MUJER. Si ése es el ambiente que hay aquí, más valdrá que nos separemos.
EL VIEJO OBRERO. Compañeros, no tiene sentido hacernos ilusiones. Es indudable que distribuir una octavilla resulta cada vez más difícil. No podemos hacer como si no oyéramos esos aullidos de victoria. *Señala a la radio. A la mujer:* Tienes que reconocer que cada vez que él escucha algo así, debe de tener la sensación de que cada vez son más fuertes. ¿No suenan realmente como *un pueblo?*
LA MUJER. Suenan como veinte borrachos a los que han dado cerveza gratis.
EL JOVEN OBRERO. ¿Quizá seamos los únicos que diremos que no?
LA MUJER. Sí. Nosotros y los que son como nosotros.

La mujer alisa una hojita de papel arrugada,

EL VIEJO OBRERO. ¿Qué es eso?
LA MUJER. La copia de una carta. Con ese ruido, puedo leerla en voz alta.

Lee:

«¡MI QUERIDO HIJO! MAÑANA YA NO EXISTIRÉ. LAS EJECUCIONES SUELEN SER A LAS SEIS DE LA MAÑANA. PERO TE ESCRIBO AUN PORQUE QUIERO QUE SEPAS QUE MIS OPINIONES NO HAN CAMBIADO. TAMPOCO HE SOLICITADO NINGÚN PERDÓN, PORQUE NO HE COMETIDO NINGÚN CRIMEN. SÓLO HE SERVIDO A MI CLASE. SI PARECE QUE CON ELLO NO HE CONSEGUIDO NADA, NO ES VERDAD. ¡CADA UNO EN SU PUESTO, ÉSA DEBE SER LA CONSIGNA! NUESTRA TAREA ES MUY DURA, PERO ES LA MÁS GRANDE QUE EXISTE, LIBRAR A LA HUMANIDAD DE SUS OPRESORES. LA VIDA NO TENDRÁ NINGÚN VALOR HASTA QUE SE LOGRE. SI NO TENEMOS ESO SIEMPRE PRESENTE, TODA LA HUMANIDAD SE HUNDIRÁ EN LA BARBARIE. TÚ ERES TODAVÍA MUY JOVEN, PERO HACE FALTA QUE SEPAS CUÁL ES TU LADO. SÉ FIEL A TU CLASE, Y TU PADRE NO HABRÁ PADECIDO EN VANO SU DURO DESTINO. CUIDA TAMBIÉN DE TU MADRE Y TUS

HERMANOS, TÜ ERES EL MAYOR. TIENES QUE SER SENSATO. OS SALUDA A TODOS TU PADRE QUE TE QUIERE».

EL VIEJO OBRERO. No somos demasiado pocos.
EL JOVEN OBRERO. ¿Qué debe decir entonces la octavilla para el plebiscito?
LA MUJER, *pensando:* Lo mejor será una palabra sólo: ¡NO!

Observaciones sobre «Terror y miseria del Tercer Reich»

Terror y miseria del Tercer Reich se basa en relatos de testigos y noticias de periódicos.

Las escenas se imprimieron en 1938 para la editorial Malik de Praga pero, por la agresión de Hitler, no pudieron difundirse.

Una adaptación teatral destinada a los Estados Unidos se representó en Nueva York y San Francisco con el título *The Prívate Life ofthe Master Race* (La vida privada de la raza dominante). Esa versión contiene:
Las escenas 2,3,4,13 y 14 de la parte I; las escenas 8,9,6 y 10 de la parte II, y las escenas 15,19,17,11, 18, I6,20y24 de la parte III.

El elemento fundamental de los decorados es el clásico tanque del ejército nazi. Aparece cuatro veces: al comienzo, entre las partes y al final. Entre las distintas escenas se oye una voz y el rodar del tanque. Ese rodar se oye también durante las escenas en que se implanta el Terror para llevar a los hombres a los tanques.

Por ejemplo:

Primera parte
De la oscuridad surgen, a los acordes de una bárbara música militar, un gran indicador con el letrero «HACIA POLONIA» y al lado el tanque con una dotación de doce a diecisiete soldados, que sostienen fusiles entre las rodillas, llevan cascos de acero y los rostros blancos como la cal.

Sigue el CORO
Cuando elFührer...
... *con su mano de hierro.*
Vuelve a oscurecerse la escena. El sordo rodar del tanque se oye todavía unos segundos. Luego la escena se ilumina de nuevo y se ve una escalera. Sobre la escena cuelga, en grandes letras: BRESLAU, SCHUSTERGASSE 2.
i
Sigue la escena 2
Sigue la voz

Así traicionaba el vecino...
... en nuestros tanques de guerra.

CORO DE LA DOTACIÓN DEL TANQUE

Antes de la primera parte:

Cuando el Führer había puesto orden
en Alemania con mano de acero
ordenó (¡para que no nos desborden!)
que lo impusiéramos al mundo entero.
Muy obedientes a nuestros mayores
quisimos hacer del mundo colonia,
como un rayo fuimos los invasores
de aquella antigua ciudad de Polonia.
Pronto vio Europa los carros de hierro
manchados aún de sangre del Sena.
El Führer nunca cometía un yerro
su Causa era siempre una Causa buena.

Antes de la segunda parte:

Traición y discordia han sido la causa.
Los tanques no pueden dejar de rodar.
La discordia continúa hoy, sin pausa
la traición abre puertas de par en par.
Los tanques avanzan siempre victoriosos
hacia el Sund danés y mucho más allá
y los pueblos que no quieren ser gloriosos
caen bajo Hitler, que avanzando va.
Lo que antes sufriera la tierra alemana
lo sufre ahora Europa aplastada.
De costa a costa reina soberana
con el nuevo orden, esa cruz gamada.

Antes de la tercera parte:

Los tanques los hizo Krupp allí abajo

y Thyssen les puso luego las cadenas.
Los hombres hacían muy bien su trabajo
y los doce nobles no pasaron penas.

Después de la tercera parte:

Al tercer invierno se nos averiaron
y de pronto se detuvo la conquista.
Nos dio mucho miedo cuando nos miraron
pues la Patria no estaba ya a la vista.
Muy lejos habíamos ido hacia el Este
y la nieve cubría nuestros laureles
Habíamos llegado a un país agreste
no servían ya los tanques de corceles.
Quien era vencido nos vence en la brecha,
quien estaba muerto golpea mortal.
Tenemos la muerte a izquierda y derecha,
la Patria está lejos y el frío es glacial.

LA VOZ

Después de la escena 2:

Así traicionaba el vecino al vecino,
así se despedazaban las gentes humildes
y la hostilidad creció en las casas y los barrios
y nosotros entramos con paso seguro
y cargamos en nuestros tanques
a todo el que no había muerto:
a todo ese pueblo de traidores y traicionados
lo cargamos en nuestros tanques de guerra.

Después de la escena 3:

De las fábricas y las cocinas y las oficinas del subsidio
sacamos las dotaciones de nuestros tanques.
El pobre trajo a nuestros tanques al pobre.
Con besos de Judas los trajimos a nuestros tanques,

con amistosas palmadas en la espalda
los trajimos a nuestros tanques de guerra.

Después de la escena 4:

La discordia del pueblo nos hizo grandes.
Nuestros presos seguían pegándose en los campos de concentración
y luego todos se subían a nuestros tanques.
Los presos se subían a nuestros tanques.
Y los guardianes se subían a nuestros tanques
Los torturados y los torturadores
todos se subieron a nuestros tanques de guerra.

Después de la escena 13:

Abrumamos a los buenos obreros con elogios
y los abrumamos con amenazas.
Pusimos flores en sus puestos de trabajo
y hombres de las SS a la salida.
Entre salvas de aplausos y salvas de fusil
los cargamos en nuestros tanques.

Antes de la escena 8:

Estrechando contra si a sus hijos
las madres de Bretaña miran estupefactas al cielo
para ver los inventos de nuestros sabios
Porque hay también sabios en nuestros tanques,
alumnos del tristemente célebre Einstein.
Sin duda formados por el Führer con educación de hierro
para saber qué es la ciencia aria.

Antes de la escena 9:

Hay también un médico en los tanques
que decide cuáles son las mujeres de los mineros polacos
que deben ir al burdel de Cracovia.
Y lo hace bien y sin cumplidos
recordando cómo perdió a su mujer

que era judía y fue también enviada
porque la raza dominante debe apararse con cuidado
y es el Führer quien decide quién yace con quién.

Antes de la escena 6:

Y hay también jueces en nuestros taques
hábiles en tomar rehenes, seleccionando cientos de víctimas
acusados de ser franceses
y culpables de amar a su país
porque nuestros jueces son expertos en Derecho alemán
y saben lo que se espera de ellos.

Antes de la escena 10:

Y hay también un maestro en nuestros tanques
capitán ahora, con sombrero de acero
que da sus clases
a los pescadores de Noruega y los viticultores de Champaña
porque un día, hace siete años
pasado ya pero olvidado nunca,
en el seno de su familia aprendió
a odiar a los espías
y allí donde llegábamos, azuzábamos al padre contra el hijo
y al amigo contra el amigo
y sólo vivimos en otros países
como habíamos vivido en nuestro propio país.

Antes de la escena 19:

Y no hay más negocio que el nuestro
y nadie sabe desde cuándo nos pertenece.

Antes de la escena 17:

Y llegamos, muertos de hambre como la langosta
y devoramos países enteros en una semana
porque tenemos cañones en lugar de manteca
y en nuestro pan cotidiano hace tiempo que mezclamos salvado.

Antes de la escena 11:

Y adondequiera que llegamos no están seguras las madres, ni los hijos
porque no hemos perdonado a nuestros propios hijos

Antes de la escena 18:

Y el trigo en el granero no está seguro de nosotros
ni la vaca en el establo
porque nos quitaron nuestro propio ganado.

Antes de la escena 16:

Y les quitamos los hijos y las hijas
y les arrojamos patatas por compasión
y tienen que gritar «¡Heil Hitler!» como nuestras madres
como si estuvieran empalados.

Antes de la escena 20:

Y no hay más Dios
que Adolfo Hitler.

Antes de la escena 24:

Y sometimos a los pueblos extranjeros
como habíamos sometido a nuestro propio pueblo